CECILIA LA CIEGUECITA,

DRAMA EN TRES ACTOS EN VERSO

POR

DON ANTONIO GIL DE ZÁRATE.

MADRID.

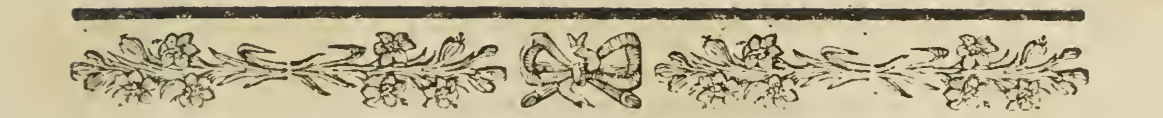
IMPRENTA DE REPULLÉS.

1843.

PERSONAS.	ACTORES.
CECILIA, *ciega*.	*Doña Matilde Diez.*
CLOTILDE, *huérfana*. . . .	*Doña Teodora Lamadrid.*
DON JUAN, *abogado*. . . .	*Don José García Luna.*
DON ENRIQUE, *su pupilo*. .	*Don Florencio Romea.*
RAMON, *criado viejo de don Juan*.	*Don Antonio de Guzman.*
ANTONIO, *hermano de Cecilia*.	*Doña Concepcion Valero.*
PEDRO, *criado*.	*Don Ignacio Silvostri.*

La escena es en Madrid en el año de 1840.

El teatro representa, en los tres actos, una sala adornada con elegancia. Puerta al foro para las comunicaciones generales: otra á la izquierda del actor que conduce tambien á las habitaciones interiores de la casa. Otra mas chica en el mismo lado hácia el foro, que será la del cuarto de Cecilia. Un balcon á la derecha.



Acto primero.

ESCENA PRIMERA.

DON ENRIQUE. RAMON.

RAMON. ¡Voto va el chápiro verde!
¡Vos por aqui, don Enrique!
¿Quién creyera...?
ENRIQUE. ¡Ramon mio!
Un abrazo.
RAMON. Aunque sean quince.
ENRIQUE. ¡Qué bueno estás! ¡Si no pasan
años por tí!
RAMON. ¡Siempre firme!
¡Y eso que ya van caidos
los sesenta y ocho abriles!
ENRIQUE. ¡Cáspita! No los veré
yo ciertamente.
RAMON. Consiste
en que ahora los muchachos
se gastan pronto y no viven
como Dios manda.
ENRIQUE. ¿Qué es eso?
No há un minuto que me viste,
y ¿ya empiezan los sermones?
Aun no es hora de dormirme.
RAMON. Es que en mi tiempo...
ENRIQUE. En tu tiempo
los mozos de garbo y chiste
tambien daban á la edad

lo que siempre la edad pide.
Trocaban chupa y coleta
por tauromáquicos dijes,
y con su moño y su capa,
y un par de mozas gentiles,
desempedraban las calles
en ligeros calesines:
daban á orillas del rio
merendonas y convites
donde corria el Jerez
en vez del Champaña ó Chipre:
no bailaban la mazurca,
pero sí el fandango libre,
con guitarra y castañuelas
que alegran mas que violines;
y tambien, como nosotros,
á la luz de los candiles,
sin lámparas, ni ruletas,
ni otros estrangeros chismes,
perdian con ancho pecho
los pesos y onzas á miles.
Por mas que tu tiempo alabes,
desde Adan á Luis Felipe
siempre el mozo ha sido alegre,
y el viejo gruñon y triste.

RAMON. ¡Qué cabeza! ¡qué cabeza!
Pero ¿no podreis decirme
qué es lo que asi de improviso
os trae por los Madriles?
¿Qué os habeis hecho en dos años
que no nos vemos?

ENRIQUE. ¿Qué dices?
¡Dos años!

RAMON. Ó poco menos:
esta Pascua han de cumplirse.
¡Oh, bien me acuerdo...! Y el niño
¡ni una carta nos escribe!
¡Como si aqui no dejara
quien le quiera, quien le estime!

ENRIQUE. Es verdad... pero ¡qué diantres!

RAMON. ¡Y el amo que se desvive
por él, que le quiere tanto!

ENRIQUE. ¡Mi tutor...! ¿Cómo está, dime?
RAMON. Bueno... pero acabadillo
tambien... Ya se ve, no sirve
que uno le diga: "señor,
descansad... mirad que os rinde
tanto trabajo... dejad
los pleitos; que se descrismen
otros... Sois rico... ¿qué falta
os hace...? — ¿Y los infelices,
responde, que han puesto en mí
su confianza? Es imposible
dejarlos... ¿Quién el derecho
sostendrá que les asiste?
— Si os haceis el abogado
de pobres, no os vereis libre...
— Un letrado debe siempre
defender al que persiguen
los malos. — Si nada os vale...
— Mi conciencia lo prescribe."
Y dale que le das: siempre
al yunque, y la pluma en ristre.
Eso sí, por todas partes
le adoran y le bendicen.
ENRIQUE. Sí, es un buen hombre.
RAMON. Y ¡os quiere!
A cada momento dice:
"pero, señor, este chico
¿qué ha sido de él? ¿dónde existe?
ENRIQUE. Si he corrido medio mundo,
¿cómo habia de escribirle?
RAMON. ¡Calle!
ENRIQUE. Y luego los negocios
tambien á uno le impiden...
RAMON. ¿Con que habeis aprovechado
el tiempo?
ENRIQUE. Eso es indecible.
RAMON. Muy bien... Y ¿aquel dinerillo
que en herencia recibisteis?
ENRIQUE. ¿Los veinticinco mil pesos...?
RAMON. Los habreis, como os previne,
empleado útilmente?
ENRIQUE. Mucho.

RAMON. Muy bien.

ENRIQUE. Parece increible
lo que he hecho con ellos.

RAMON. ¡Bravo!
Dejadme á mí que adivine
cuánto habeis ganado.

ENRIQUE. Al pronto
tuve una suerte terrible.

RAMON. ¿Serán otros diez mil pesos?

ENRIQUE. Tambien treinta.

RAMON. Siempre dije:
es travieso, hará fortuna.

ENRIQUE. Mas luego dió en perseguirme
la desgracia, y... ¿lo creerás...?
por mas que estaba á los quites,
me cogieron entre puertas
un inglés y cierto guiri,
y aquella fué una derrota:
perdí los maravedises...
mas gané en cambio un sablazo
aqui cerca de la íngle.

RAMON. ¡Buen Dios! ¡Ha sido en el juego!

ENRIQUE. Sí, amiguito.

RAMON. Y ¡yo, belitre,
que pensaba eran negocios
comerciales ó fabriles!

ENRIQUE. ¿Qué entiendo yo de eso, ni...?

RAMON. Y ¿os habeis quedado...?

ENRIQUE. Alpiste.
Limpio como una patena
dejáronme aquellos viles.

RAMON. ¡Buenos estamos! Y ahora
¿qué pensais hacer?

ENRIQUE. Venirme
á que don Juan me mantenga
ó me dé nuevos monises.

RAMON. ¿Para jugarlos tambien?

ENRIQUE. Amigo, ya soy un lince:
no volverán á cogerme
en el garlito. Me hice
iniciar por cierto cuco
en los misterios sutiles

del arte, y ahora...

RAMON. ¡Bueno!
¡Arrepentimiento insigne!
¿No os da vergüenza? ¡Qué infamia!
¡Qué corrupcion!

ENRIQUE. Y ¡qué esguinces!
¡Vamos, es chanza! Al contrario:
traigo propósito firme
de enmendarme.

RAMON. ¿Sí...? ¿De veras?

ENRIQUE. Seré un Caton: convertíme.
Las vanidades mundanas
no pueden ya seducirme.

RAMON. Eso me gusta. Un abrazo.

ENRIQUE. Lo que me apura y aflige
es decir á mi tutor...

RAMON. No hay que andarse con melindres:
pecho al agua, y...

ENRIQUE. ¿Se halla en casa?

RAMON. Sí; pero no está visible.

ENRIQUE. ¡Tan tarde!

RAMON. Está descansando.
¡Esa diligencia rinde...!

ENRIQUE. ¿Ha estado de viaje?

RAMON. Ayer
ha vuelto de Francia.

ENRIQUE. ¡Él irse
á Francia! ¿Con qué motivo?

RAMON. Siempre con piadosos fines.
Ya sabeis que há algunos años
murió don Pedro Dominguez
su amigo.

ENRIQUE. ¿El que en veinte y tres
emigró?

RAMON. Sí. Cuando abrirse
vió las puertas de la patria,
dejó en París á Clotilde,
su hija, que en un colegio
se educaba, y trece Abriles
contaba apenas: el cólera
arrebató al infelice;
y sin familia, sin bienes,

quedó su huérfana triste.
Yo no sé qué fuera de ella,
si, á su desgracia sensible,
no la amparára don Juan,
que hoy ya de padre le sirve.
Siguió pagando en París
su educacion, porque brillen
en ella las altas prendas
que las mas nobles envidien;
y una vez ya terminada,
sin que de nadie se fie,
ha ido él mismo á traerla.

ENRIQUE. Y di, ¿es bonita?

RAMON. Es un dije.

ENRIQUE. Me alegro; asi veré en casa
un gesto que no fastidie.

ESCENA II.

DICHOS. PEDRO.

(*Sale Pedro con todo lo necesario para tomar café con leche, y lo coloca en un velador.*)

RAMON. ¡Hola, Pedro! ¿Está ya el amo
levantado?

PEDRO. Ya lo está;
y al instante en esta sala
se viene á desayunar.

RAMON. Muy bien.—Si quereis creerme, (*A Enrique.*)
su vista ahora evitad:
dejad que yo le prepare
primero.

ENRIQUE. Sí, eso será
lo mejor. Vóime, y vendré
luego... á la tarde.

RAMON. No tal.
Conviene que esteis al paño
con el fin de aprovechar
la ocasion... Yo le hablaré,
y en viéndole blando ya,
salís, y...

ENRIQUE. Mas ¿en qué sitio
podré sin ser visto estar?

RAMON. Venid conmigo allá dentro.
(Dios nos saque de esto en paz.)

(*Vanse don Enrique y Ramon: Pedro habrá estado arreglando la mesa para el desayuno. Sale don Juan con bata rica y elegante.*)

ESCENA III.

DON JUAN. PEDRO.

JUAN. Y ¿la señorita?

PEDRO. Há rato
que aguarda.

JUAN. Véla á llamar.
(*Vase Pedro. Don Juan se sienta.*)
Sí, es preciso... Tal vez fuera
peligroso tardar más.
Hoy mismo esplicarme debo.
Va á entrar en la sociedad,
y de seducciones mil
circundada se verá.
Es bella, y si no me engaño,
muy sensible... ¡harto quizás!
No le faltarán amantes,
y que ella ame es natural.
En nuestro viaje he podido
su carácter observar:
mil nobles prendas la adornan;
pero con facilidad
se exalta, y amor en ella
podrá ser fuego voraz.
¡Ya se ve! Su pecho anida
el ardor meridional,
y la educacion francesa
nueva exaltacion le da.
Antes que mi débil llama
llegue á trocarse en volcan,
es resolverme preciso,
ó la conviene apagar;
que si hoy es fácil, mañana

ya de serlo dejará,
y cuando tarda el remedio
incurable se hace el mal.

ESCENA IV.

DON JUAN. CLOTILDE. PEDRO.

(*Vuelve Pedro con el café y demas.*)

JUAN. ¡Ah! Ya está aqui. Buenos dias.
CLOTILDE. Felices, señor don Juan.
JUAN. ¿Has descansado?
CLOTILDE. Muy bien.
¿Y vos?
JUAN. Lo mismo.
(*A Pedro.*)
¿Está ya
el almuerzo?
PEDRO. Sí, señor.
JUAN. Pues sillas.
(*Pedro arrima sillas á la mesa. Don Juan y Clotilde se sientan.*)
Preferirás
café con leche: por eso...
CLOTILDE. Gracias; mas lo mismo da:
por mí...
JUAN. (*A Pedro.*) ¿Nada falta?
PEDRO. Nada.
JUAN. Pues cuando llame vendrás.
(*Vase Pedro.*)

ESCENA V

DON JUAN. CLOTILDE.

JUAN. ¿Qué te parece de España?
CLOTILDE. Ni bien ni mal hasta aqui:
todo es bueno para mí.
JUAN. No obstante, siempre se estraña...
CLOTILDE. En un colegio escondida,
harto poco vi de Francia;

y no hay en mí repugnancia
para abrazar esta vida.
Nada que á mi pecho cuadre
alli dejé: no es mi centro;
y aqui un protector encuentro,
ó diré mas bien, un padre.

JUAN. Y siempre en mí le tendrás;
mas aunque á serlo me obligo,
tambien el nombre de amigo
espero que me darás.

CLOTILDE. ¿Podeis dudarlo?

JUAN. Este gusto
tendré, porque siempre alcanza
el amigo mas confianza.
Un padre quizá es adusto,
severo... ó tal lo parece...
y le ocultan sin razon
lo que encierra el corazon.

CLOTILDE. ¿Quién mejor que vos merece
mi confianza? Preguntad:
tan pocos secretos tengo,
que chasqueada, os lo prevengo,
será esa curiosidad.

JUAN. Eres jóven, muy hermosa,
y en tu semblante gentil
brilla el frescor del Abril
con las gracias de la rosa.

CLOTILDE. ¿Tambien sabeis decir flores?
Digo que sois una alhaja:
tutor que tanto agasaja
es el rey de los tutores.

JUAN. Lo digo porque tal vez,
y no es temor infundado,
habrá quien se haya prendado
de esos ojos y esa tez.

CLOTILDE. De eso, señor, nada sé:
no inspiré pasion ninguna;
si alguien dió en esa tontuna,
callado lo tiene á fé.
Demas que es aprension rara:
encerrada y sin salir,
apenas puedo decir

si el sol me ha visto la cara.

JUAN. Pero amor, por sortilegio,
rompe á veces con ventura
las rejas de una clausura,
y las tapias de un colegio.

CLOTILDE. Eso podrá muy bien ser;
mas os juro aqui sin dolo,
que por las novelas solo
á amor pude conocer.

JUAN. Poco á esa escuela me inclino;
que aunque es amor ideal,
á otro tal vez criminal
suele allanar el camino;
y aunque alguna no resbale
en senda tan peligrosa,
siempre imagen engañosa
en ella á ofuscarla sale:
llega luego la verdad,
y con disgusto la mira,
y anhelando una mentira,
desprecia la realidad.

CLOTILDE. Es esa filosofía
nueva, en verdad, para mí:
yo siempre, señor, creí
que lo impreso no mentía.

JUAN. ¡Vaya si miente...! Y sino,
un ejemplo quiero darte.
Tú aspirarás á casarte,
supongo.

CLOTILDE. ¡Casarme...! yo...

JUAN. Vamos, habla sin ficcion:
¿no te causa eso lisonja?

CLOTILDE. No he nacido para monja,
ni tengo esa vocacion.
Y aun teniéndola, ¿qué medio?
Fuera temeraria idea...
Para que una no lo sea
han puesto aqui buen remedio.

JUAN. Y allá en tu imaginacion,
pues en ello habrás pensado,
¿cómo, dime, te has pintado
á tu esposo?

CLOTILDE. ¡Que aprension!
¿Eso pretendeis que os diga?
JUAN. No lo pretendo ni mando.
Deseo...
CLOTILDE. De cuando en cuando
esa idea me atosiga;
y mi corazon perplejo,
si todo lo he de decir,
suele en esos casos ir
á consultarlo al espejo;
y en la imagen que alli miro,
y mis novelas por norte,
me formo de mi consorte
otra por la cual suspiro.
Píntole jóven, buen mozo,
cabello rubio y rizado,
ojos negros, colorado
el labio, apuntando el bozo...
JUAN. ¿No dije... Vamos andando.
¿Y militar le quisieras?
CLOTILDE. Y con sus dos charreteras,
y su cruz de San Fernando.
JUAN. Pues ya ves si razon tengo:
ese que un sueño te ofrece,
en nadita se parece
al que á proponerte vengo.
CLOTILDE. ¿Qué escucho? ¿Quereis casarme?
JUAN. ¿Piensas que no es tiempo aun?
CLOTILDE. Eso no.
JUAN. ¿Querrás?
CLOTILDE. Segun.
No sería malo darme
alguna idea...
JUAN. De forma
que tal será su figura...
CLOTILDE. No importa; que mi pintura
aun puede admitir reforma.
JUAN. No es un niño, á la verdad,
ni un niño jamas conviene.
Sus treinta y seis años tiene.
CLOTILDE. Pues ya me dobla la edad.
JUAN. Aun es jóven... Mas ya siente

con los trabajos, que empieza
á encanecer su cabeza,
y hasta arrugarse su frente.

CLOTILDE. ¡Malo es eso!

JUAN. Su figura
no encanta: Dios le ha adornado
con mas dotes de hombre honrado
que flores de la hermosura.

CLOTILDE. ¡Es feo!

JUAN. No diré tanto.

CLOTILDE. Pero bonito tampoco.

JUAN. Eso, amiga, importa poco.

CLOTILDE. Y ¿si me causase espanto?

JUAN. ¿Te le causo yo?

CLOTILDE. No tal;
y ahora que caigo en ello,
conozco que sin ser bello
se puede amar á un mortal.

JUAN. ¿De veras?

CLOTILDE. Pero se entiende:
como padre, como amigo.

JUAN. Y ¿esposo?

CLOTILDE. Tanto no digo:
anda en eso cierto duende...

JUAN. Y ¿si á la par con su mano
te ofrece bienes, riquezas;
si prodigando finezas,
solo en tí se mira ufano?

CLOTILDE. No intento mi corazon
á un vil interes ceder;
pero al fin tal podrá ser
que caiga en la tentacion.

JUAN. Pues bien, dejando rodeos,
el esposo que te doy
es...

CLOTILDE. ¿Quién es?

JUAN. Yo mismo soy.

CLOTILDE. ¡Vos, señor!

JUAN. Si tus deseos
esta union no satisface...

CLOTILDE. No digo... mas me sorprende...

JUAN. No lo estraño; pero atiende.

Yo te propongo este enlace,
no le pretendo mandar:
nunca seré tan tirano;
mas si aceptases mi mano,
tú me llegarás á amar.
Comprendo que en tiernos años
un bello jóven seduzca,
por mas que su amor conduzca
quizá á crueles engaños;
mas solo las perfecciones
que ostenta la edad madura
pueden la firme ventura
labrar de dos corazones.
Yo tambien gocé esa flor
de juventud que te ciega,
y harto sé hasta dónde llega
en un jóven el amor.
De su desecha tormenta
probé el funesto vaiven,
que en este pecho tambien
una alma de fuego alienta.
Pasó aquel ciego delirio;
y la riqueza, la gloria,
disiparon la memoria
del amoroso martirio.
Do quier se ensalza mi nombre,
Dios mis trabajos bendice,
y debiera ser felice
cuanto serlo puede un hombre.
Mas tanta satisfaccion
no le basta á mi albedrío,
pues un horrible vacío
encuentro en el corazon.
De mi trabajo afanoso
ya me disgusto y fatigo,
que no tengo un pecho amigo
donde buscar el reposo.
Esposa, yo bien lo sé,
no ha de faltarme si quiero,
con un buen nombre y dinero
alguna al fin hallaré.
Mas comprar un corazon

repugna á mi vanidad,
ni existe felicidad
do no habla la inclinacion.
Yo quiero un pecho sensible
que me ame solo por mí,
y tal vez quererle asi
es querer un imposible.
Con todo, á ver te llegué,
y no sé si fué locura
ó encanto de tu hermosura,
encontrarle ya esperé;
y amé de nuevo á tu lado,
y el pecho, ya sin sosiego,
restos halló de aquel fuego
que creí amortiguado.
No te asuste esta corteza
que el alma oculta y desluce:
si el esterior no seduce,
hay en esa alma belleza;
y tanta, sí, que tu amor,
bañándose en alegría,
con la que sobra, algun dia
hará bello el esterior.

CLOTILDE. Confieso, y no os cause enfado,
que hay distancia, cual notais,
entre el novio que me dais,
y el que me habia pintado;
y á deciros lo que siento,
si elegido yo le hubiera,
no me pasara siquiera
ese por el pensamiento:
no que no seais querido;
pero en eso el mal estaba:
donde un padre yo miraba
no adivinaba un marido.
Mas puesto que de este error
vos me acabais de sacar,
para no haceros penar,
admito vuestro favor.

JUAN. ¡Cómo! ¿ Admites?

CLOTILDE. Por supuesto.
Os debo casi la vida :

soy feliz si agradecida
os puedo pagar con esto.

JUAN. Jamas consentiré yo
seas por fuerza mi esposa:
quiero una prueba amorosa,
un sacrificio, eso no.

CLOTILDE. Libre aún mi corazon
del amoroso desliz,
puedo, yendo á ser feliz,
dar oido á la razon.
Si hago asi lo que os es grato,
no hay sacrificio ninguno...
ni tengais recelo alguno
por aquello del retrato;
que no es una ilusion vana
muy poderoso rival,
si al amante corporal
alma tan bella acompaña.

JUAN. ¡Divina!— Pero ¿quién viene?

ESCENA VI.

DICHOS. RAMON.

(*Sale Ramon con timidez y receloso.*)

RAMON. Señor, deciros queria...

JUAN. ¡Alguna majadería
sin duda!

RAMON. No, pues no tiene
nada de eso... Es cosa, á fé,
muy formal.

JUAN. Y ¿tanta prisa
corre?

RAMON. Alguna... Me precisa
hablaros...

JUAN. Y bien, ¿de qué?
Dilo y despacha.

RAMON. Tal vez
os cause alguna sorpresa;
pero, al fin, os interesa...

JUAN. Di pronto; ¡qué pesadez!

RAMON. Sabed que en Madrid está
don Enrique.

JUAN. ¿Mi pupilo?

RAMON. (El alma tengo en un hilo.)
Sí, señor, el mismo; y va
á venir...

JUAN. ¿Sí...? Pues no quiero
verle.

RAMON. (¡Malo!) ¿Qué razon...?

JUAN. Es un tunante, un bribon.

RAMON. (¿Si sabrá...?)

JUAN. Un infame.

RAMON. Pero...

JUAN. Ha salido buena pieza.

RAMON. (Lo sabe.)

JUAN. Cierta persona
de él me ha contado en Bayona
mas de una linda proeza.

RAMON (¿No dije?)

JUAN. En vez de emplear
útilmente su fortuna,
se ha dado al vicio, á la tuna,
no hace mas que derrochar.

RAMON. ¡Jesus! ¿Él?

JUAN. Y todo ha sido
francachelas y placeres,
y seducir á mugeres...
En fin, es hombre perdido.

RAMON. ¡Y tanto!

JUAN. ¿Ya lo sabias?

RAMON. Sí, señor.

JUAN. ¡Y lo ocultaba
el señor Ramon!

RAMON. Buscaba
una ocasion...

JUAN. Sí, vendrias
á interesarte por él,
á engatusarme... Buen medio
de corregir...

RAMON ¿Qué remedio?
¿De qué sirve el ser crüel?

JUAN. Pues bien, con lo que le quede

restablezca su caudal,
y...

RAMON. Si ya no tiene un real.

JUAN. ¡Cómo!

RAMON. Y el pobre no puede...

JUAN ¿Todo lo ha gastado?

RAMON. Todo.
Limpio está de polvo y paja.

JUAN. ¡Bien!

RAMON. La maldita baraja...

JUAN. ¡Al juego!

RAMON. ¿Qué importa el modo?
Ello es que...

JUAN. Pues que se vaya.
Yo le abandono.

RAMON. ¡Señor!

JUAN. No intercedas.

RAMON. ¡Qué rigor!

JUAN. Eso pasa ya de raya.
Que le abandono repito.

RAMON. Bien está... Voy á decirle...
¡Qué crüeldad...! ¡Despedirle
de la casa...! ¡Pobrecito!

JUAN. ¡Cómo! ¿Está en casa?

RAMON. Sí está.
No, jamas tendré valor...

JUAN. ¡Lagrimitas!

RAMON. Sí, señor:
no soy ningun tigre.

JUAN. ¡Ya!
Tú quieres que...

CLOTILDE. Si algo puede
en esta ocasion mi ruego,
á ese buen hombre me agrego,
y ya mi voz intercede...

RAMON. Sí, rogadle. (*A Clotilde.*)

JUAN. ¿Tú tambien?

CLOTILDE. No querreis en este dia
negar la súplica mia:
es dia de gracias.

JUAN. Bien,
si te empeñas, nada puedo

negarte.

RAMON. (¡Lo que es tener
buen palmito una muger!
¡Miren qué pronto...!)

JUAN. Concedo
á mi pupilo el perdon.
Véle á buscar. (*A Ramon.*)

ESCENA VII.

DICHOS. DON ENRIQUE.

ENRIQUE. (*Saliendo precipitadamente.*)
Vedme aqui.

JUAN. ¿Qué es eso...? ¿Estabas ahí?
¿Nos escuchabas, bribon?

ENRIQUE. (*Arrojándose á los pies de don Juan.*)
Tutor mio, á vuestras plantas...

JUAN. Yo debiera... Mas no, ven
á mis brazos.

ENRIQUE. (*Abrazándole.*) ¡Ah!

RAMON. ¡Muy bien!

JUAN. Te he perdonado ya tantas,
que hago mal... Bien puedes darle
las gracias á este lucero.

ENRIQUE. ¡Señorita! (*Saludándole.*)

CLOTILDE. (*Lo mismo.*) ¡Caballero!

RAMON. Ea, otra vez á abrazarle.

JUAN. Con mil amores.
(*Se vuelven á abrazar.*)

ENRIQUE. ¡Cuán grato
me es...! (¡Qué divina beldad!)

CLOTILDE. (Mas que el otro, á la verdad,
se parece este al retrato.)

JUAN. Ya que estais aqui los dos,
una nueva os quiero dar.

ENRIQUE. ¿Cuál?

JUAN. Que me voy á casar.

RAMON. ¡A casaros!

ENRIQUE. ¡Cómo! ¡Vos!

JUAN. ¿No lo aprobais?

RAMON. Al reves:

me alegro mucho.

ENRIQUE. ¡Famoso!
Y ¿quién es el dueño hermoso
que os esclaviza?

JUAN. (*Tomando por la mano á Clotilde.*)
Esta es..

RAMON. ¡Doña Clotilde!

ENRIQUE. (¡Ah, bribon!
¡Qué dichoso!)

JUAN. ¿Qué os parece?

ENRIQUE. Que mil elogios merece.

RAMON. ¡Muy bien! ¡Famosa eleccion!
¡La señorita...! Mirad
¡qué fresca! ¡Qué pino de oro!
¡Es una rosa, un tesoro!

ENRIQUE. Admira tanta beldad.

JUAN. ¡Buen Ramon!

RAMON. ¿Con que tendremos
boda, dulces y funcion?
Y luego... por precision...
niños... ¡Cómo los querremos!
¡Angelitos!

JUAN. ¡Ya chochea!

(*Se oye fuera tocar una guitarra acompañada de un triángulo.*)

¿Qué es eso?

ENRIQUE. Sin duda alguna
estudiantes de la tuna.

JUAN. Bien la guitarra puntea.

RAMON. ¡Ah! ¡ah! Son mis cieguecitos.

JUAN. ¡Tus ciegos!

RAMON. Suelen pasar,
y se ponen á cantar
en frente... Dos hermanitos.
Venid, venid al balcon,
los vereis.

(*Van al balcon, le abren y se ponen á mirar.*)

JUAN. ¡Qué linda es ella!

RAMON. Una alhaja.

CLOTILDE. Sí, muy bella.

RAMON. ¿No da en verdad compasion
que esos dos ojos no vean?

JUAN. Y el hermano es un chiquillo.
RAMON. La sirve de lazarillo.
Ese sí ve.
JUAN. Los rodean
muchas gentes.
CLOTILDE. ¿Cantarán?
RAMON. Se paran... Creo que sí.
CLOTILDE. No oiremos bien desde aqui.
RAMON. Pues, si quereis, subirán.
JUAN. Mejor será.
ENRIQUE. ¿Para qué?
Cantará mil necedades.
RAMON. Esta hace divinidades.
Os gustará. Llamaré.
(*Haciendo señas hácia afuera.*)
¡Hola! ¡Eh...! Sube, Antoñuelo.
JUAN. Tal vez no quieran.
RAMON. Sí tal.
Ya han entrado en el portal.
(*Vase para irlos á buscar.*)
JUAN. ¡Lo que es la ciega es un cielo!

ESCENA VIII.

DICHOS. CECILIA. ANTONIO.

(*Salen Cecilia y Antonio guiados por Ramon.*)

RAMON. Venid... por aqui... cuidado.
JUAN. Aun mas preciosa es de cerca.
CECILIA. Alabado sea Dios.
JUAN. Pues el chico es una perla.
RAMON. Que canteis alguna cosa
estos señores quisieran.
CECILIA. Aqui estoy para servirlos:
digan, pues, lo que desean.
¿Quieren cante seguidillas,
ó la jota aragonesa?
¿El Bajelito, la Atala,
los toros del Puerto? Ea;
pidan por aquesa boca:
templada está la vihuela.

ENRIQUE. Todo eso está muy oido;
quisiéramos cosa nueva.
CECILIA. Pues oigan una cancion
que no sabrán... Cosa buena.
Acabadita de hacer,
calentita, que aun humea.
JUAN. Muy bien... Mejor estaremos
sentados.

(*Se sientan don Juan, Clotilde y don Enrique. Cecilia toca la guitarra y Antonio la acompaña con el triángulo.*)

CECILIA. Antonio, alerta:
sígueme bien al compás;
y sin distraerte.
ANTONIO. Empieza.

CECILIA. (*Canta.*) Sola y triste está la niña
ribericas de la mar,
sola lava, sola tuerce,
sola tiende en un rosal;
y al bajel que cruza canta:
bajelito, ¿me dirás
si los viste á mis amores,
si los viste allá pasar?

RAMON. ¡Bravo, bien!
JUAN. ¡Qué linda voz!
CLOTILDE. Otra copla.
CECILIA. Allá va esta.
(*Canta.*)

¿Dónde fueron mis amores,
dó los andaré á buscar?
Mar abajo, mar arriba,
yo los llamo y ya no estan.
Dime tú, buen marinero,
que Dios te guarde de mal,
si los viste á mis amores,
si los viste allá pasar.

CLOTILDE. ¡Perfectamente!
ENRIQUE. ¡Soberbio!
JUAN. Es muy mona.
RAMON. ¡Me enagena!

CECILIA. ¿Quieren que cante algo mas?
JUAN. Descansa.
CECILIA. No les dé pena:
todo el dia estoy cantando,
y siempre la voz tan fresca.
JUAN. ¡Todo el dia!
ANTONIO. Y por la noche
tenemos tambien tarea.
Entramos en los cafés,
y de ello, á fé, no nos pesa.
JUAN. ¿Y si llueve?
ANTONIO. Ni las lluvias,
ni los hielos nos arredran.
JUAN. ¡Tan jóvenes y tan tiernos!
CECILIA. ¡Qué quereis! Dios nos da fuerzas.
JUAN. ¿Ganais mucho?
CECILIA. Lo que basta
para comer, y aun nos quedan
algunos ahorrillos.
JUAN. ¡Cómo!
¿Aun ahorrais?
ANTONIO. ¡Oh! Pues ¿qué piensan?
¿Que hemos de estar siempre asi
corriendo de ceca en meca?
No por cierto.
JUAN. Eso me gusta.
RAMON. Tienen muy buenas ideas;
y el chico con esa cara
tan vivaracha y traviesa,
quiere hacerse hombre y ser algo.
Ha ido mucho á la escuela,
y sabe tambien latin,
y tiene escelente letra.
JUAN. ¿De veras?
RAMON. Mirad qué ojillos;
cómo bailan y chispean.
JUAN. Sí, sí, prometen... Y en él
hay cierto aire de nobleza...
ANTONIO. ¡Toma! Como que no siempre
hemos pasado miserias;
y antes bien...
CECILIA. Cállate, Antonio:

¿no reparas que molestas
á estos señores? Y luego
¿qué les importa...?

JUAN. No creas
que me incomoda: al contrario.

ANTONIO. Y ¿qué mal habrá en que sepan...?

CECILIA. Pensarán que son embustes.

JUAN. (Su candidez me embelesa.)
Acércate, niña hermosa.

CECILIA. Señor...

JUAN. ¿Qué es eso? No temas.

CECILIA. No temo; que vuestra voz
dulce á mis oidos suena,
y su acento de bondad
hasta el corazon penetra.

JUAN. ¿Cómo te llamas?

CECILIA. Cecilia.

JUAN. ¿De dónde eres?

CECILIA. De Valencia.

JUAN. ¿Tienes padres?

CECILIA. No, señor:
sola me encuentro en la tierra.
¿Sola dije...? Me engañé;
que aun mi hermanito me queda.

ANTONIO. Y si soy chico, y ahora
nada puedo hacer por ella,
ya seré grande, y entonces...

JUAN. ¿No hay nadie que te defienda?

CECILIA. Nadie.

JUAN. ¡Tan jóven y hermosa!
Mucho arriesgas tu inocencia.

CECILIA. Dios siempre, señor, protege
al que se guarda y le ruega.

ANTONIO. Y sino, que venga alguno
y ose tocarla siquiera.

RAMON. ¡Ah, valiente!

CECILIA. Calla, Antonio.

ANTONIO. Es que hasta ese punto llegan
las chanzas, y aunque soy niño,
rompería la cabeza
aun al lucero del alba.

RAMON. ¡Qué, si vale lo que pesa!

JUAN. ¿Decís que no ha sido siempre
vuestra suerte tan adversa?

CECILIA. ¡Ay, no, señor!

JUAN. Vuestros padres
¿qué oficio ejercian? ¿qué eran?

CECILIA. Mi madre murió muy jóven:
la conocimos apenas.
Mi padre era militar,
y al principio de esta guerra
murió tambien combatiendo
por su patria y por su reina.
Llevónos consigo un tio,
alma generosa y buena,
y cuya grata memoria
en nuestro pecho está impresa:
Hijos suyos nos llamaba,
y de su amor dando muestras,
mil veces nos prometió
dejarnos toda su hacienda.
Educacion esmerada
nos daba á entrambos; yo, ciega,
no podia ejercitarme
en las comunes tareas
de mi sexo; pero él
en instructivas leyendas
mi entendimiento adornaba
con cariñosa paciencia.
Tambien que aprendiese quiso
la música; y muy contenta
complacíle, pues á veces
alegraba sus tristezas...
¡Ah, no esperaba que un dia
mi único recurso fuera!
¡Buen tio! — Disimulad,
señor, si su dulce y tierna
memoria me arranca el llanto
que hora mi semblante riega.

RAMON. ¡Pobrecita...! Yo tambien...

JUAN. Esas lágrimas me prueban
tu buen corazon... Prosigue;
que tu historia me interesa.

CECILIA. ¡Ay, señor! murió mi tio

de pronto, sin que pudiera
testar; y aunque todos dicen
nos cerresponde su herencia,
otra parienta muy rica
nos la arrebató.

RAMON. ¡Perversa!

CECILIA. Yo ciega, mi hermano un niño,
sin apoyo ni esperiencia,
sin medios para seguir
un pleito... En fin, las riquezas
de nuestra prima lograron
quebrantar la vara recta
de la justicia... y despues
inhumana, sin conciencia,
nos abandona... y, lo veis,
esta es hoy la suerte nuestra.

RAMON. ¡Mala muger!

JUAN. ¡Infelices!

RAMON. ¡Si en mis manos la tuviera...!

JUAN. Pero ¿no habeis encontrado
un protector, un...?

CECILIA. ¿Quién se echa
tal carga encima? Cerradas
hállamos todas las puertas.

JUAN. Y ¿no teneis documentos...?

ANTONIO. Algunos, y mas hubiera
si se buscasen... Mirad,
aqui traigo para prueba...

JUAN. Bien, bien, ya los miraré.

ANTONIO. ¡Oh! Yo los guardo... No crean
que he de dejar... Ya verán.

CECILIA. Mil desatinos proyecta.

ANTONIO. ¿Desatinos? Sed mi juez,
á ver si es mala mi idea.
Yo, á ciertas horas estudio,
y las demas voy con ella;
ganamos para comer,
y hago á la vez mi carrera:
dentro de unos cuantos años
soy abogado... por fuerza,
me he empeñado, y lo seré;
y entonces pongo querella

á la prima, á los parientes,
aunque cuatrocientos sean,
y habré de poder muy poco,
ó les arranco la herencia.

RAMON. ¡Viva! ¡bien! ¡Si es un diablillo!

JUAN. Hijo, te honra tal empresa;
pero no aguardarás tanto:
yo tomo vuestra defensa.

CECILIA. ¡Vos, señor!

ANTONIO. ¡Vos!

RAMON. ¿Es posible?

JUAN. Sí, yo.

CLOTILDE. Sí, sí.

JUAN. ¿Tú lo apruebas?

CLOTILDE. ¿No lo he de aprobar?

CECILIA. Señor...

ANTONIO. ¡Oh! ¡qué contento!

CECILIA. ¡Qué estrema
bondad!

JUAN. Aun mas quiero hacer.
Mi casa será la vuestra:
vivireis aqui. Tú, Antonio,
seguirás, como deseas,
los estudios: tú, Cecilia,
servirás de compañera
á mi esposa.

CECILIA. ¡Qué oigo!

ANTONIO. ¿Es cierto?

CECILIA. ¡Ah! señor, sois en la tierra
un angel que Dios sin duda
hoy nos manda en recompensa
de tanto sufrir... ¡Ah! Dadme,
dadme la mano, que pueda
besarla...

ANTONIO. Yo de rodillas...

(*Cecilia y Antonio se arrojan á los pies de don Juan y le besan repetidamente las manos.*)

RAMON. ¡Reventara si tuviera
que no llorar!

JUAN. Levantaos;
solo asi á Dios se respeta,
solo á él esto debeis,

que á tan buen tiempo os trajera.
Pues hoy tambien me concede
la esposa que mi alma anhela,
es justo le dé las gracias
con alguna accion benéfica.

CECILIA. ¿Hoy os casais?

JUAN. No, mas pronto
tendré esa dicha.

CECILIA. Dios quiera
que como la mereceis
sea tan grande y completa.
Aunque de muy poco sirvo,
yo procuraré que tenga
vuestra esposa una criada
en mí.

CLOTILDE. No, jóven modesta:
solo seré vuestra hermana,
vuestra amiga cara, eterna.

CECILIA. ¿Qué oigo? ¿Es esta señorita
vuestra novia?

JUAN. Sí, la mesma.

CECILIA. Dios la bendiga, señor:
¡qué jóven es y qué bella!

CLOTILDE. ¿Cómo lo podeis saber,
si no me veis?

CECILIA. No estrañeza
os cause esto, señorita.
Dispuso la Providençia
que tengamos nuestros ojos
los ciegos en las orejas.
Los sonidos nos advierten
lo que está lejos ó cerca,
lo que es hermoso y es feo;
y, cosa que el cielo os veda,
suele la voz revelarnos
las pasiones mas secretas.
Por eso cuando aqui entré
conocí cuán bueno era
este señor, y á fé mia
lo confirmó la esperiencia.

ENRIQUE. Pues vamos á ver; y yo
soy jóven ó viejo, prenda.

CECILIA. Vos sois jóven, ¿quién lo duda?
Mas tendreis mala cabeza.

RAMON. ¡Miren si lo ha adivinado!
Ni que estudiado le hubiera.
¿Y yo?

CECILIA. Vos, pobre Ramon,
ya rayais en los sesenta.

RAMON. ¡Caramba, es verdad!

CECILIA. Mas sois
un infeliz.

RAMON. ¡Cómo acierta!
Hemos de ser muy amigos.

CECILIA. Por supuesto.

ANTONIO. ¿Y yo?

RAMON. ¡Esa es buena!
Viejos y niños son unos,
y como chiquillos juegan.

JUAN. Vamos, os quiero instalar
en casa... (*A don Enrique.*) Tú, buena pieza,
sígueme tambien.

ENRIQUE. Ya voy.
(Escapé de la tormenta.)

ANTONIO. ¿Ves, hermana, qué fortuna?

CECILIA. Dios le dé la recompensa.

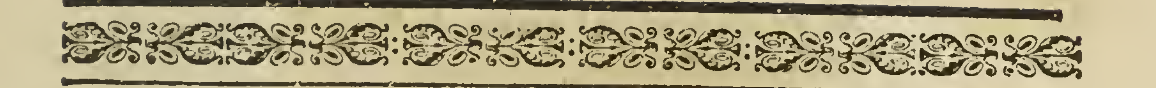
ANTONIO. Dame el brazo.

RAMON. (*Apartándole.*) Eso ya no.
¡Atrás!

JUAN. ¿Qué locura es esa?

RAMON. De hoy mas, sabedlo aqui todos,
esta será mi pareja.
Yo seré su lazarillo...
(*A Antonio.*)
Y tú, chiquillo, á la escuela.

FIN DEL ACTO PRIMERO.



Acto segundo.

Es de noche. Hay luces.

ESCENA PRIMERA.

CLOTILDE, *sola.*

(*Aparece sentada cerca de la mesa con una carta en la mano.*)

Llorad, llorad, ojos mios,
y no dejeis de llorar:
ya que logro sola estar,
derramad el llanto á rios
á impulsos de mi pesar;
y en tan acerbo dolor,
pensando en el bien que adoro,
pues la suerte con rigor
me veda tan tierno amor,
déjeme exhalarle en lloro.
¡Qué bien en estos renglones
esplica su amante llama!
¡Cuál de amor en las prisiones
gozáran dos corazones
que pasion tan dulce inflama!
¡A solas me quiere hablar...!
¡Una secreta entrevista...!
Y ¡que en esto siempre insista!
Mas ¿cómo ¡ay Dios! evitar
de tantas gentes la vista?
Y ¿á qué vernos, si perdido

ha de quedar mi sosiego?
¿A qué alimentar el fuego,
cuando apenas encendido,
habré de apagarle luego?
Palabra por mí mal dada,
que cumplir es precision,
¿por qué me tienes atada?
Si es de uno la fé jurada,
es de otro mi corazon.
Y tú, en quien ya solo miro
un tirano para mí,
¿cómo estás tan ciego, di?
¿cómo no ves que suspiro,
y no suspiro por tí?

ESCENA II.

CLOTILDE. CECILIA.

(*Sale Cecilia á tientas por el foro, y esclama al oir las últimas palabras de Clotilde.*)

CECILIA. (¿Qué he escuchado, santo cielo?
Cierto sale mi recelo.)
¿Estais ahí, señorita?
CLOTILDE. ¡Ah...! Cecilia... sí.
CECILIA. ¿Solita?
CLOTILDE. Sí.
CECILIA. Pues ¿cómo?
CLOTILDE. Siempre velo
hasta que viene don Juan.
CECILIA. Pues dando las diez estan:
debe tardar todavía.
¿Gustais de mi compañía?
CLOTILDE. Tus chistes me distraerán.
CECILIA. Mis necedades mas bien.
CLOTILDE. Siéntate... Aqui cerca... Ven.
(*La coge por la mano: toma una silla y la hace sentar cerca de ella.*)
CECILIA. Gracias. — No es bueno, en mi juicio,
que mucho á solas se esten
las gentes.

CLOTILDE. Sí... es un suplicio...

CECILIA. Nuestra mísera cabeza
luego á pájaros se va
y á desvariar empieza,
y negra murria nos da,
y se llora de tristeza.
Verbi-gracia... y lo que siento
permitidme declarar...
si no miente vuestro acento,
jurara que habrá un momento
vos acabais de llorar.

CLOTILDE. ¡Yo!

CECILIA. Sí.

CLOTILDE. ¿De qué?

CECILIA. No lo estraño:
¡se retarda vuestro enlace!

CLOTILDE. ¿Hay en ello tanto daño?

CECILIA. Mucho: nunca eso complace.

CLOTILDE. No tengo prisa.

CECILIA. ¡Mal año
para el pícaro carlismo!
No ha sido mal embolismo
el poder sacar de Berga
la partida de bautismo.
¿Para qué tanta monserga?
Ya, en fin, la teneis aqui.
¿Esto no os alegra?

CLOTILDE. Sí.

CECILIA. Lo decís de una manera...

CLOTILDE. ¿Cómo he de decirlo?

CECILIA. Asi,
contenta... Casi creyera
que esta boda no os agrada.

CLOTILDE. Sí tal.

CECILIA. Otra os queda dentro.
Aunque de vista privada,
suelo ver mucho, y encuentro...

CLOTILDE. ¡Qué! (*Sobresaltada.*)

CECILIA. Pues... Estais ya turbada.
Vamos, con franqueza hablad.
Entre muchachas se puede...
Soy callada... ¿No es verdad

que vuestro pecho ahora cede
á otro amor?

CLOTILDE. ¡Ah!

CECILIA. Confesad...

CLOTILDE. No, no, jamas osaré...

CECILIA. Bien está: yo ayudaré
á que esa lengua se esplique.
El objeto es don Enrique.

CLOTILDE. ¡Silencio!

CECILIA. ¿Con que acerté?

CLOTILDE. ¡Si te oyeran!

CECILIA. Mirad vos
si hay alguien; que en lo que pende
de los oidos...

CLOTILDE. ¡Por Dios!
quede solo entre las dos
este secreto.

CECILIA. Se entiende.
Mas tal franqueza me obliga
á que os hable como amiga.
Ese amor es criminal,
disimulad que os lo diga;
y haceis en ello muy mal.

CLOTILDE. Harto lo sé tambien yo,
por eso suspiro y lloro;
mas tú no conoces, no,
al objeto á quien adoro,
que el verle Dios te negó.
En él no admiras la flor
de lozana juventud,
ni aquel aire seductor,
ni el mirar fascinador
que hace temblar mi virtud.
No le ves, ni le comparas
con quien mi esposo va á ser;
que entonces me disculparas,
y si le pudieras ver,
Cecilia, tambien le amaras.

CECILIA. Pues gracias á Dios le doy
de haberme formado asi;
y pues que ciega nací,
ya conozco por vos hoy

que es ventura para mí.
Esa hermosura, es verdad,
no logro ver que os fascina;
mas conozco otra beldad
eterna, pura, divina,
traslado de la deidad.
Cosas para mí son vanas
las formas y los colores:
no puedo admirar las flores;
pero sin verlas galanas,
precio mejor sus olores.
La imagen de esa hermosura
desparece cuando os niega
el sol su luz clara y pura,
y la mia, siendo ciega,
dia y noche siempre dura.
La vuestra con la vejez
pierde su brillo, y tal vez
se torna horrible, espantosa:
la mia, en mi lobreguez,
cada dia es mas hermosa.

CLOTILDE. Yo precio á dotes concedo
tambien que el alma embellecen,
y en gozar asi te escedo,
pues otras que amor merecen
conozco, y amarlas puedo.

CECILIA. Unidas no siempre van
las del cuerpo y las del alma;
y si discordes estan,
los ojos siempre la palma
á las del cuerpo le dan.
Yo que estas no puedo ver
solo á las otras me inclino,
y por ellas adivino,
ó acá un fantástico ser
en la mente me imagino.
La belleza terrenal
conocer no nos es dado;
mas por favor especial,
un Dios nos ha revelado
la belleza celestial.
Asi al ser por quien suspiro

prestó una angélica forma:
con la hermosura que admiro
la del cuerpo se conforma,
y á placer su imagen miro;
y ésta que en gozo me baña
á la vuestra deja atrás;
porque, falaz por demas,
la vuestra siempre os engaña,
pero la mia jamas.

CLOTILDE. ¿Qué escúcho? ¿Luego tambien
amas tú?

CECILIA. Pues ¿por ventura,
porque mis ojos estén
cerrados á la luz pura,
privada estoy de ese bien?
Amo, sí; pero este amor
hoy vedándomele está
la gratitud, el honor;
y aunque muera de dolor,
jamas del pecho saldrá.

CLOTILDE. ¿No puedo saber...?

CECILIA. ¡Ah! no.
Mas de mi amor no se trata,
sino del vuestro... No ingrata
seais á quien os salvó.

CLOTILDE. ¡Ay! esa idea me mata.

CECILIA. Pues bien, venced la pasion
que os alucina y os pierde:
dad oido á la razon;
que harto sufre el corazon
si la conciencia remuerde.
¡Vos engañar á don Juan!
¡Él tán bueno...! Y ¡esta paga
sus beneficios tendrán!
Si pierde el bien que le halaga.
las penas le matarán.
Vos, Clotilde, y yo, debemos
sacrificarnos por él;
y mayor gloria tendremos
si el sacrificio es cruel,
que en ello al fin nada hacemos.
Demas que en su compañía

os aguarda la ventura:
no os detenga la figura
prenda de menos valía,
que la dicha no asegura.
Ved, Clotilde, y no os engaño,
que ese amor es vuestra ruina;
Enrique, por vuestro daño,
alberga en su alma mezquina
la falsedad y el engaño.
Vos solo veis su persona
que os ha robado la calma:
yo, que su amor no aprisiona,
cuantos vicios amontona
vi con los ojos del alma.
Huidle, y creedme, os ruego:
algo cuesta el resolverse;
mas doble placer hay luego:
haber ganado en el juego,
y haber sabido vencerse.

ESCENA III.

DICHAS. ANTONIO.

ANTONIO. Cecilia, ¿no cenas hoy?
Son las once.
CECILIA. Pocas ganas
tengo... Y luego dejar sola
á la señorita... Aguarda
á que venga don Juan.
CLOTILDE. No:
sintiera te incomodaras
por mí.
CECILIA. ¿Qué mas da?
CLOTILDE. Aqui tengo
estos libros, cuya grata
lectura me distraerá.
ANTONIO. Y en dos minutos despachas.
CECILIA. Está bien... iré. Vos, como
seguís la francesa usanza...
CLOTILDE. Sí, es verdad, no ceno nunca.
CECILIA. Pues bien, hasta luego.

ANTONIO. Agarra.
(*Da Antonio el brazo á Cecilia y vanse.*)

ESCENA IV.

CLOTILDE, sola.

¡Ay! llena de confusion
me han dejado sus palabras.
Conozco que fuera un crimen...
Mas esta pasion me arrastra
á pesar mio... La imagen
de Enrique está aquí grabada,
y cuanto mas pienso en ella,
esta boda mas me espanta.
¡Cielos! ¡Él es!

ESCENA V.

CLOTILDE. DON ENRIQUE.

ENRIQUE. ¡Clotildita!
Gracias á Dios que sin guardas
de vista te hallo una vez.
¡Ya es trabajo! No se apartan
de tu lado. Sobre todo
esa Cecilia taimada.
CLOTILDE. ¡Una ciega!
ENRIQUE. Ciega, sí;
pero nada se le escapa.
Suele ver mas que otros muchos
con dos ojos en la cara.
CLOTILDE. ¿Habreis estado en la ópera?
ENRIQUE. He estado; mas me empalaga.
Lo menos sus treinta veces
vi ya la tal *Gazza ladra*.
Luego aquel bajo me aturde,
la tiple chilla que rabia:
vamos, no es dable sufrirlos
habiendo estado en Italia.
CLOTILDE. ¡Ya!
ENRIQUE. Para tu educacion

ese viaje te hace falta.
CLOTILDE. Pero como es imposible...
ENRIQUE. Más lo será si te casas.
¡Qué vida vas á llevar!
Siempre en tu cuarto encerrada,
renunciando á los paseos,
viendo el sol por alquitara,
sin una pizca de ópera,
baile de ramos á pascuas...
No sé que pueda vivir
sin bailar una muchacha.
CLOTILDE. Don Juan de nada me priva,
y lejos de eso le agrada...
ENRIQUE. Porque ahora está de novio,
y te engatusa y engaña;
mas ya será otro cantar
si tu blanca mano agarra.
¡Bonito es él! ¡Tan celoso!
¡Tan serio! Y ¡aquella facha
de vinagre...! ¿Diversiones?
¡Ya va...! Patita quebrada
y en casa... Cuidar la ropa,
limpiarle bien la casaca,
y peinarle la peluca,
que no tardará en llevarla.
CLOTILDE. ¡Dios mio! (*Suspirando.*)
ENRIQUE. Pero me olvido.
¿Has recibido mi carta?
CLOTILDE. ¡Ah...! sí.
ENRIQUE. Ya habrás visto en ella
mi ardiente pasion pintada.
Cómo esos ojos divinos
me deslumbran, me entusiasman;
y cuál de amor en mi pecho
prendieron la viva llama.
CLOTILDE. Sí... sí.
ENRIQUE. ¿No podré esperar
que en premio de mi constancia
des á tan rendido amor
alguna dulce esperanza?
CLOTILDE. ¿Qué decís...? Callad, callad...
¡Ó cielos! Si os escucháran...

ENRIQUE. ¡Pues...! Mira si digo bien.
Ni arriesgar una palabra
podremos. Estoy perdido
si mis ruegos hoy no alcanzan
la entrevista que...

CLOTILDE. ¡Una cita!
No es posible.

ENRIQUE. Tú me matas.

CLOTILDE. ¿Para qué?

ENRIQUE. Para decirte
tantas cosas...

CLOTILDE. ¿Tantas?

ENRIQUE. ¡Tantas!

CLOTILDE. Pues bien, ¿no podeis ahora...?

ENRIQUE. La mitad se me olvidara
con la prisa.

CLOTILDE. Pero ¿cuándo?

ENRIQUE. Esta noche, verbi-gracia.

CLOTILDE. ¡Esta noche!

ENRIQUE. Es cosa facil.

(*Señalando la primera puerta á su izquierda.*)

¿No tienes alli tu estancia
al fin de aquel corredor?

CLOTILDE. Sí... mas... ¿qué?

ENRIQUE. Verás la traza.
Cuando ya todos esten
recogiditos en casa,
salgo pian pianito, y vengo...

CLOTILDE. ¿Qué osais proponerme?

ENRIQUE. Nada...
Una bicoca.

CLOTILDE. Un delito.

ENRIQUE. Si en escrúpulos te andas...

CLOTILDE. ¡En mi cuarto...! No, jamas.

ENRIQUE. Pues bien, sea en esta sala.

CLOTILDE. ¿En esta sala?

ENRIQUE. Tú puedes...

CLOTILDE. Mas es de temer que salgan...

ENRIQUE. Si estarán todos durmiendo;
y con silencio...

(*Siguen hablando en voz baja. Aparecen Cecilia y Antonio por la puerta del foro.*)

ESCENA VI.

DICHOS. CECILIA. ANTONIO.

ANTONIO. ¿No acabas
de cenar...? ¿Qué prisa tienes?
CECILIA. Bien... déjame... (¡Dios nos valga!
Ya ha venido don Enrique;
y si los dejo...)
CLOTILDE. (*Reparando en Cecilia y separándose de Enrique.*)
¡Ay! Aparta.
ENRIQUE. ¿La ciega aqui ya? ¡Maldita!
CECILIA. Como tan sola os dejaba,
me he dado prisa...
CLOTILDE. ¿Por qué?
Ya don Enrique...
CECILIA. (Alterada
tiene la voz.) ¡Hola! ¿Está
el señorito...? Pensaba...
ENRIQUE. Sí... ya he venido.
CECILIA. (¡Él tambien!)
Veo no hacia gran falta.
CLOTILDE. Con todo... no importa... siempre...
CECILIA. (¡Se han hablado, Vírgen Santa!)
ANTONIO. (*Mirando hácia el foro.*)
Ya está aqui don Juan.
CECILIA. (¡Ah! bueno.)
ENRIQUE. (La cosa está adelantada.)

ESCENA VII.

DICHOS. DON JUAN. RAMON.

JUAN. ¡Hola! ¿Os hallo reunidos?
(*A Enrique.*)
Y ¿tú tambien, buena alhaja?
ENRIQUE. Ya no os quejareis de mí:
he tocado retirada
antes que vos.
JUAN. Pocas veces
te sucede.
RAMON. ¡Vaya en gracia!
¡Por una noche!

ENRIQUE. Me voy
corrigiendo.

JUAN. Asi me agrada.
Te traigo buenas noticias,
Cecilia.

CECILIA. ¿Cuáles?

JUAN. Las cartas
que he recibido esta noche
de Valencia, la esperanza
me dan de que muy en breve
será tu dicha colmada.
Con los nuevos documentos
que tus derechos afianzan,
y de mi entendido agente
la actividad y eficacia,
á devolverte la herencia
el tribunal se prepara.

CECILIA. ¿De veras?

JUAN. No ha de tardar
en mi juicio dos semanas.

CECILIA. ¡Ah! señor, ¿cómo podré
pagaros bondades tantas?

JUAN. Siendo honrada.

CECILIA. No dudeis...

ANTONIO. Es advertencia escusada:
no ha de haber quien poner pueda
en su conducta una tacha.

JUAN. Asi lo creo... Mas ya
está la hora avanzada,
y recogernos conviene.
Idos, pues.

ENRIQUE. (*Bajo á Clotilde.*)
(¿Con que me aguardas?)

CLOTILDE. (Bien.)

ENRIQUE. (Luego vengo.)

CLOTILDE. (¡Silencio!)

ENRIQUE. (*Aparte.*) (¡Famoso! Ya está agarrada.)

RAMON. Buenas noches nos dé Dios.

ANTONIO. ¡Felices!

JUAN. Hasta mañana.

(*Acercándose á Cecilia y tomándole la mano.*)
Te acompañaré á tu cuarto.

Ven, Cecilia.

CECILIA. Arrodillada,
en él pasaré la noche
pidiéndole á Dios con ansia
que por tantos beneficios
en vos derrame sus gracias.

(Vanse Ramon y Antonio por el foro. Don Juan acompaña á Cecilia hasta la segunda puerta de la izquierda, que es la de su cuarto. Clotilde se queda en el proscenio y se sienta cabizbaja y pensativa. Don Juan, despues de dejar á Cecilia, vuelve y observa á Clotilde.)

ESCENA VIII.

DON JUAN. CLOTILDE.

JUAN. Y tú, Clotilde, ¿te quedas?

CLOTILDE. *(Volviendo de su distraccion.)*
¡Ah...! no, señor... pero.. estaba...

JUAN. ¿Qué es eso? ¿Qué tienes, hija?
Te encuentro abatida, pálida.

CLOTILDE. ¿Yo, señor...? Aprension vuestra.
Si no tengo nada... nada.

JUAN. ¿Nada, dices, y tus ojos
veo que en llanto se arrasan?
Vamos, habla con franqueza.
¿Qué penas tienes? ¿Te falta
alguna cosa?

CLOTILDE. ¡Ah! señor:
vuestra bondad me anonada.

JUAN. Pero algo te aflige.

CLOTILDE. Sí.

JUAN. Pues entonces, ¿por qué callas?

CLOTILDE. No me atrevo...

JUAN. ¿Es triste?

CLOTILDE. Puede.

JUAN. Di, pues.

CLOTILDE. Ahora no... mañana.

JUAN. ¿Mañana?

CLOTILDE. Sí... permitid
que esta noche... Estoy turbada...
No sé cómo... Yo os prometo

abriros mañana el alma.

JUAN. Bien... como gustes... A Dios.

CLOTILDE. ¿Os enojé?

JUAN. ¡Qué bobada!
No... Mas voy con sentimiento
de dejarte triste.

CLOTILDE. (¡Ingrata!)

JUAN. A mañana, pues... Ahora
vé, recógete y descansa.

(*De los dos candeleros que habrá en la mesa, toma uno y vase.*)

ESCENA IX.

CLOTILDE, sola.

Sí... ya hablar es preciso:
no le puedo engañar. — Prestad, ó cielo,
prestad aliento á mi ánimo indeciso,
y haced que de sus ojos caiga el velo.
Mas ¡ay! tal premio alcanza
su afecto, ¡su bondad...! En flor marchita
¿verá al fin la esperanza
que allá en su pecho lisonjera habita?
¡Horrible ingratitud...! No, no es posible...
Sacrificarme debo.
Y ¿lo podré yo hacer...? Pues qué, ¿no llevo
de esta pasion frenética, invencible,
aqui clavada la punzante flecha?
Mis ojos la dirian: sonrojado,
mi semblante do quier la declarara,
y en lágrimas desecha,
arrastrada sin vida al pie del ara,
mi boca, mal mi grado,
por el tremendo *sí... no*, pronunciara.
¡Ah! no: mas vale hablar. Es generoso,
no quiere bondadoso
que á su dicha mi dicha sacrifique,
y acaso con heróica fortaleza
de un corazon sensible la flaqueza
consienta en perdonar. — Tal vez Enrique
asi piensa tambien... Tal vez pretende
esto mismo decirme. — Cuánto tarda!

¡Cuán impaciente el corazon le aguarda!
Y ¡qué dulce esperanza amor enciende!
—Oigo ruido... El será... No: me he engañado.
¡Qué zozobra, Dios mio!
Si alguien entra...-¿Quién es?-¡Ah! que es mi sombra.
—¡Siento un pavor, un frio...!
¡Ay! esta soledad, este silencio,
hasta el reflejo de esa luz me asombra,
y en todo un fiero acusador presencio.
—Leamos... á ver si...—¡Cuán enfadoso
es este autor... ¡Jesus! Cae de las manos.
—¡Cielos! ¡Qué estraño ruido!
—¡Ah! la péndola es.—Será forzoso
marcharme... Pero no... ya pasos siento...
Por alli... mas cercanos...
Él debe ser... sí... sí... Sobrecogido
está mi corazon... ¡Oh! ¡qué momento!
¡Cuál tiemblo!—¡Dios! ¡Le veo!
Alli está... Yo fallezco... Haré que leo.

ESCENA X.

CLOTILDE. DON ENRIQUE.

(*Enrique se deja ver por la puerta del foro, caminando con mucho tiento. Clotilde, que de soslayo le habrá visto venir, finge estar leyendo.*)

ENRIQUE. ¡Clotilde!
CLOTILDE. ¿Quién...? ¿Sois vos?
ENRIQUE. Yo soy, amada.
Tu palabra cumpliste.
CLOTILDE. ¿Yo...? me quedé á leer... y desvelada...
ENRIQUE. ¡Ah! ¡dichoso me hiciste!
CLOTILDE. ¡Silencio..! ¡Si os oyeran...!
ENRIQUE. La familia
ya recogida está.
CLOTILDE. Pero Cecilia
duerme alli... lo sabeis.
ENRIQUE. ¡Maldita ciega!
CLOTILDE. Sentaos y hablad bajo.

ENRIQUE. (*Tomando una silla y sentándose muy cerca de Clotilde.*)
Aqui.
CLOTILDE. No, no... mas lejos...
ENRIQUE. Si no llega
entonces bien la voz... Es un trabajo
no pudiendo gritar...
CLOTILDE. Bien... Mas quedito.
Hablad. ¿Qué pretendeis?
ENRIQUE. ¡Oh, cuán hermosa
estás, dueño adorado!
¡Cómo á tu lado de placer palpito!
Tu frente ruborosa
que hora enciende el pudor, y en el nevado
seno refleja su carmin divino,
y ese amable temor que altera un tanto
tu rostro peregrino,
y la luz de esos ojos que entre llanto
brilla con mas suaves resplandores,
todo diciendo está que en mi presencia,
robándole su forma á la inocencia,
la diosa llego á ver de los amores.
CLOTILDE. Bien... sí... Pero dejad lisonjas vanas,
palabras cortesanas,
que aunque tan dulces suenan,
envuelven con su miel traidor veneno.
ENRIQUE. Con ánimo sereno
esas gracias que adoro y me enagenan,
¿quieres ¡ay! que contemple?
CLOTILDE. Vuestro amoroso ardor, por Dios, se temple;
y sin piropos diga
lo que á hablarme á tal hora aqui le obliga.
ENRIQUE. Pues ¿no lo sabes ya? Pintarte quiero
la inestinguible llama
que arde en mi pecho y en tu amor me inflama,
y te quiero decir que por tí muero.
Quiero que tus miradas cariñosas
me den el dulce premio que reclamo,
y tu boca en palabras deliciosas
digan con grato acento: Enrique, te amo.
Quiero...
CLOTILDE. ¡Tanto querer! Pues ¿por ventura,

si amor yo no os tuviera,
os halláraís aqui, ni yo os oyera?
Más protestas de amor, si esto os permito,
vos no necesitais, ni necesito;
y otro objeto sin duda...

ENRIQUE. ¿Qué otro objeto
puedo tener, bien mio,
que hablarte de mi amor? Siempre sujeto
mi amante desvarío
entre esos importunos que nos cercan,
romper ansia impaciente el duro freno;
y pues hoy los destinos nos acercan,
mírame ya á tus pies de gozo lleno.
Deja que en esa mano...

CLOTILDE. ¿Qué haceis...? Alzad.

ENRIQUE. Permite...

CLOTILDE. Reportaos.

ENRIQUE. No grites. ¡Qué imprudencia!

CLOTILDE. Está demas aqui vuestra presencia.
Salid pronto... marchaos...
ó yo...

ENRIQUE. ¿Qué haces? Repara
que te pueden oir.

CLOTILDE. ¡Es cierto... es cierto!
Me olvidaba...

ENRIQUE. Por Dios, no seas rara.

CLOTILDE. Callad... ¿no oís?

ENRIQUE. ¿El qué?

CLOTILDE. (*Señalando la puerta de Cecilia.*)
Mirad... Se ha abierto
aquella puerta.

ENRIQUE. ¡Diablo!
¡Cecilia! Nada importa... Es ciega... No hablo.

ESCENA XI.

DICHOS. CECILIA.

(*Enrique se retira á un lado. Sale Cecilia de su cuarto con zozobra y á tientas, dirigiéndose hácia la puerta del foro.*)

CECILIA. Anda alguien por aqui. ¡Ramon! ¡Antonio!

ENRIQUE. (¡No te lleve el demonio!)

CLOTILDE. Calla, Cecilia, calla.

CECILIA. ¡Ah! ¿Sois vos, señorita?

CLOTILDE. Sí.

ENRIQUE. (¡Canalla!)

CECILIA. ¿Habeis tambien oido?

CLOTILDE. (*Turbada.*) Sí.

CECILIA. Yo claro
oí pasos y hablar.

CLOTILDE. (¿Qué dice?)

CECILIA. Creo
que algun ladron... ¿Veis algo?

CLOTILDE. Nada veo.

CECILIA. Llamaremos.

CLOTILDE. No, no.

ENRIQUE. (Yo me separo
á este rincon.)

CECILIA. Sí tal... Bueno sería...

CLOTILDE. No temas... Esa voz era la mia.

CECILIA. ¿La vuestra? Pues acaso
¿hablais con alguien?

CLOTILDE. No... pero... leía.

CECILIA. ¿Tan tarde? ¡Vaya un caso!

CLOTILDE. Estaba desvelada.

CECILIA. Yo tampoco me hallaba aun acostada,
pues me quedé rezando.

ENRIQUE. (Ya es fuerza que me vaya retirando.)

CECILIA. ¿Gustais que os acompañe?

CLOTILDE. Bien... si quieres...

CECILIA. Por fuerza debe ser interesante
lo que estabais leyendo.

CLOTILDE. Sí... sí... mucho.

CECILIA. ¡Estais tan conmovida...! Algun amante
de novela.

CLOTILDE. Sí... sí.

CECILIA. Pues ya os escucho,
si quereis proseguir. Tambien yo gusto
de oir novelas. — ¡Ay!

(*Durante el anterior diálogo Cecilia se ha ido acercando. Clotilde habrá estado haciendo señas á Enrique para que se marche. Enrique se va retirando con tiento y hácia atrás, hasta llegar á un velador que*

hay en medio de la sala: hace una seña á Clotilde como para despedirse de ella; pero al volverse tropieza von el velador y le deja caer. Cecilia da un grito.)

ENRIQUE. (¡Negra fortuna!)

CECILIA. Anda alguien por aqui, no hay duda alguna. ¡Ladrones! (*Con voz apagada y medrosa.*)

CLOTILDE. Calla.

CECILIA. No.

CLOTILDE. ¡Cielos!

CECILIA. ¡Qué susto! ¡Ladrones!

CLOTILDE. Por piedad; vas á perderme.

CECILIA. ¡Cómo!

CLOTILDE. Es Enrique.

CECILIA. ¡Ó Dios! Y ¿habeis osado...?

(*Se oye dentro la voz de don Juan, que llama.*)

JUAN. ¡Ramon! ¡Pedro!

CLOTILDE. ¡Don Juan!

ENRIQUE. ¿Dónde esconderme?

JUAN. Pronto, venid.

CLOTILDE. Huyamos.

(*Toma la luz que hay sobre la mesa y huye á su cuarto. El teatro queda á oscuras.*)

ENRIQUE. ¡Me ha dejado á oscuras!

CECILIA. Señorita...

ENRIQUE. El diablo cargue contigo... Ya no está.

CECILIA. Pues qué, ¿se ha ido?

ENRIQUE. Sí... con la luz.

JUAN. (*Dentro.*) Venid... Aqui es el ruido.

CECILIA. ¡Cielos! ¡Nos dejó solos...! Idos luego.

ENRIQUE. ¿Cómo, si yo tambien ahora estoy ciego?

ESCENA XII.

CECILIA. DON ENRIQUE. DON JUAN. RAMON. ANTONIO. PEDRO.

(*Sale don Juan con bata, y una luz que deja en la mesa. Ramon está en mangas de camisa, y trae un palo. Antonio lleva una blusa. Pedro saca tambien luz, pero se retira despues de los primeros versos.*)

JUAN. Mirad bien por todos lados.
RAMON. ¡Alto ahí...! ¡El señorito! (*A Enrique.*)
ANTONIO. ¡Cecilia!
JUAN. ¡Gran Dios! ¿qué veo?
CECILIA. (¡Valedme, cielos divinos!)
JUAN. ¡Enrique y Cecilia aquí!
¡Solos...! ¡Sin luz!
CECILIA. (¡Qué suplicio!)
JUAN. (¡Ambos turbados estan!
¡Qué sospecha...! Mas ¿qué digo?
No puede ser.) — ¿Cómo os hallo
á los dos en este sitio?
CECILIA. Yo... señor... (¡Oh, qué vergüenza!)
JUAN. ¿No sabré...? Vamos, tú, dilo. (*A Enrique.*)
ENRIQUE. ¿Yo?
JUAN. Sí.
ENRIQUE. Vereis...
JUAN. Sin mentiras.
ENRIQUE. Pues... sin mentiras.
JUAN. Prontito.
ENRIQUE. Allá voy... (¿Qué le diré?
No me ocurre...)
JUAN. ¿Y bien?
ENRIQUE. Ha sido...
CECILIA. (La compromete.)
JUAN. ¿Hablarás?
ENRIQUE. ¡Tanto apurar! ¡Qué fastidio!
El diablo á veces la enreda,
y arma la de Dios es Cristo,
y... ¡Qué diantres...! Sobre todo,
ya no soy ningun chiquillo,
y no hay que venirme á mí
con si las pongo ó las quito.

Hago lo que me parece,
y... pues. (¡Jesus, me hago un lio!)

JUAN. ¿Qué estás diciendo? Habla claro:
esplícate.

ENRIQUE. ¡Facilito
es esplicar...! Que me ahorquen
si á hablar tan siquiera atino.

JUAN. En fin, ¿sabremos...?

ENRIQUE. Ahí
está Cecilia.

CECILIA. (¡Dios mio!)

ENRIQUE. Ella podrá...

CECILIA. ¡Yo!

ENRIQUE. Si al cabo
que lo sepais es preciso,
mas vale que ella...

JUAN. ¿Cecilia?

ANTONIO. ¿Mi hermana?

ENRIQUE. Sí, cabalito.
Sabe tan bien como yo...

JUAN. ¡Cecilia!

ENRIQUE. Lo dicho dicho.
Ella... (Vamos, yo me escurro.)

ANTONIO. Oid.

ENRIQUE. Dejadme. (*Vase corriendo.*)

ESCENA XIII.

DICHOS, menos DON ENRIQUE.

ANTONIO. ¡Se ha ido!

JUAN. Cecilia, tú me dirás...

CECILIA. Señor...

JUAN. Habla... Necesito
salir de dudas. Por Dios,
habla.

CECILIA. No puedo.

JUAN. Adivino
lo que será.

CECILIA. ¿Qué, señor?

JUAN. Rubor me causa el decirlo.

CECILIA. ¡Qué...! ¿Sospechais?

JUAN. ¿Por quién, dime,
vino aqui ese libertino?
¿Era por tí?

ANTONIO. Poco á poco,
señor don Juan; no permito...

CECILIA. ¡Antonio!

ANTONIO. Es que hablemos claro:
aqui jugamos muy limpio;
y hasta ese punto las chanzas
pueden llegar.

RAMON. ¡Desatino!
¿Ella, señor...? Ni por pienso.

ANTONIO. Os debo mil beneficios,
daré la vida por vos;
¡pero que empañeis el brillo
de nuestro honor...! Eso nunca;
no me es dable consentirlo.

JUAN. Con todo, es fuerza aclarar...

ANTONIO. Lo que sé es que el señorito...

CECILIA. ¡Antonio!

ANTONIO. Si á decir fuera
á quién hacer suele guiños...

CECILIA. (¡La va á perder!) ¿Callarás?

ANTONIO. ¡No me hagan soltar el pico...!

JUAN. ¡Dios! ¿Qué dice...? ¿Por ventura...?

CECILIA. No le hagais caso; es un niño
que ignora...

ANTONIO. Sí... ¡ya!

JUAN. Cecilia,
sácame de este martirio.
Tú lo sabes, tú. ¿Por quién
ese hombre, dime, ha venido?
¿Es por tí?

ANTONIO. No.

CECILIA. Sí, señor:
por mí fué.

JUAN. ¡Por tí!

ANTONIO. ¡Qué ha dicho!

RAMON. ¡Jesus! (*Santiguándose.*)

ANTONIO. No, no puede ser.

CECILIA. Sí... sí... por mí. (*Con resolucion.*)

ANTONIO. ¡Te has perdido!

JUAN. ¡Desdichada!
CECILIA. (¡Santo Dios,
acepta este sacrificio!) (*Desfallece.*)
RAMON. ¡Se desmaya!
JUAN. Socorredla.
(*La sientan en una silla.*)
CECILIA. No... no es nada... Es un vahido...
Ya me recobro.
JUAN. ¿Qué has hecho?
¡Infeliz!
RAMON. Yo no concibo...
CECILIA. Señor... por Dios... retiraos...
Vuestro lado es un suplicio
para mí... Dejadme sola...
Este favor solo os pido.
JUAN. Bien... No quiero atormentarte.
Harto... En fin, ya me retiro.
Pero vosotros quedaos;
y de ella cuidad, amigos.

ESCENA XIV.

CECILIA. RAMON. ANTONIO.

CECILIA. ¡Ah! (*Llorando.*)
ANTONIO. ¡Buena hazaña, señora!
RAMON. Vamos, no, no puede ser.
CECILIA. ¡Dios mio!
ANTONIO. ¿Lloras ahora?
CECILIA. ¿Qué otra cosa puedo hacer?
RAMON. Y ¡yo, que hubiera por ella
puesto la mano en el fuego!
¡La recatada doncella!
¡La cieguecita...! Reniego...
CECILIA. (¡Ó sacrificio cruel!)
RAMON. ¡Y el otro! ¡Vil seductor!
Pero no lo estraño en él.
De ella, sí, que...
ANTONIO. ¡Oh furor...!
RAMON. ¡Con esa cara de cielo!
Si algun otro lo dijera,
yo le...

CECILIA. Ni aun hallar consuelo
esta desdichada espera.

ANTONIO. ¡Consuelo una criminal,
una infame!

CECILIA. ¡Hermano!

ANTONIO. Quita;
te odio.

CECILIA. ¡Gran Dios!

RAMON. ¡Voto á tal!
¡Tratarla asi, pobrecita!

ANTONIO. ¿Qué quereis?

RAMON. Quiero... No sé.
Pero el corazon me dice...
Ni aunque lo jure creeré...

CECILIA. Cree que soy infelice.

RAMON. Eso sí. Debe un misterio
en esto hallarse encerrado.
¿Quién sabe? Algun gatuperio
de aquel tronera endiablado.

ANTONIO. Infame, le he de matar;
ó bien él á mí.

CECILIA. ¡Qué horror!
¿Osarás...?

ANTONIO. Para vengar
tu agravio sobra valor,
aunque débil, á este brazo;
que es un niño suficiente
para pegar un balazo,
y soy hijo de un valiente.

CECILIA. ¿Qué intentas?

ANTONIO. Voy á cumplir
con mi deber.

CECILIA. ¡Santo Dios!
¡Nuevos pesares...! ¡Él ir...!
Aguarda.

ANTONIO. No: de los dos,
uno...

CECILIA. Detenle, Ramon.

RAMON. ¡Eh! (*Poniéndose al paso de Antonio.*)

ANTONIO. Quítate de delante.

CECILIA. Antonio, por compasion.

ANTONIO. ¿Temes que mate á tu amante?

CECILIA. ¡Mi amante...! ¡Y tú lo has creido!
ANTONIO. ¡Cómo!
RAMON. ¿Qué?
CECILIA. Buen Dios, perdona,
perdona, yo te lo pido,
si la fuerza me abandona.
ANTONIO. ¿Qué dices...? Habla.
RAMON. Sí, sí.
CECILIA. La culpa que me infamó
yo la he echado sobre mí,
mas otra la cometió.
RAMON. ¿Otra...? ¿Quién?
ANTONIO. ¡Ah! Ya comprendo.
Clotilde...
RAMON. Si lo decia...
Si era imposible... Si en viendo
esa cara... ¡Qué alegría!
¡Vaya, yo me vuelvo loco!
ANTONIO. ¡Ó esceso de gratitud!
Tu perdon, hermana, invoco,
pues dudé de tu virtud.
RAMON. Vamos, vamos, sin tardar,
es fuerza decirlo al amo.
ANTONIO. Sí, voy...
CECILIA. Es fuerza callar:
vuestro silencio reclamo.
ANTONIO. ¡Callar yo!
RAMON. ¡Pues no faltaba
otra cosa!
CECILIA. Yo os lo ruego.
ANTONIO. Nuestro honor se menoscaba.
CECILIA. En ello va mi sosiego:
ANTONIO. No; al punto á decirlo ando.
RAMON. Y yo de ello certifico.
CECILIA. Antonio, yo te lo mando.
Ramon, yo te lo suplico.
ANTONIO. Pues qué, ¿callado he de ver
que asi quedes infamada?
CECILIA. Cumplamos con el deber:
lo demas no importa nada.
ANTONIO. ¿Por una muger estraña
sacrificarás tu honor?

CECILIA. No, no es por ella.

RAMON. ¡Alimaña!

CECILIA. Lo hago por mi bienhechor.
Él la ama, y en ella funda
su bien, su felicidad.
¿Quieres que por mí se hunda
su paz? Fuera una maldad.
No tiene mas ilusion;
y si esta ilusion perdiera,
traspasado el corazon,
quizá del dolor muriera.
Y tras tanto beneficio,
¿yo desdichado he de verle?
Hágale este sacrificio,
ya que otro no puedo hacerle.
Es inmenso, bien lo sé;
mas fuerza es tener paciencia:
no todo lo perderé;
que aun me queda mi conciencia.

ANTONIO. Pero vivir deshonrada...

CECILIA. No te dé por eso pena.
Aun no estoy abandonada
si el cielo no me condena.
Pues ve la inocencia mia,
breve será mi dolor;
y yo espero que algun dia
él volverá por mi honor.

RAMON. Vamos, es gran desvarío:
¿yo consentir que se case?
Ella será... ¡Jesus mio,
no quiero acabar la frase!

CECILIA. La ofendes. Si anduvo errada,
no dudes de ella por eso;
que harto quedará enmendada
con este triste suceso.
De tan costosa esperiencia
tendrá presente la historia,
y guarda de su inocencia
será de hoy mas mi memoria.

RAMON. Como el otro aqui se quede...

CECILIA. A eso pondré yo remedio.

RAMON. No sé yo cómo se puede...

CECILIA. Intento probar un medio.
Dile, Ramon, que le espero.
RAMON. Pues ¿quereis hablarle?
CECILIA. Sí.
Un favor pedirle quiero.
RAMON. Voy.
CECILIA. Y vuelve con él aqui. (*Vase Ramon.*)

ESCENA XV.

CECILIA. ANTONIO.

CECILIA. ¿Se fué?
ANTONIO. Sí.
CECILIA. Pues ven, hermano,
hermano querido, ven,
deja que libre en tu seno
corra mi llanto esta vez,
y pueda mostrar sin mengua
su flaqueza una muger.
Tú todavía no sabes
cuán costoso, cuán cruel,
hermano del alma mia,
este sacrificio me es.
Si solo por un momento
pudieses aqui leer
en este pecho acuitado,
¡oh cuál te dolieras de él!
Entonces cuánta es mi pena
llegáras á conocer,
y vieras que fin tan solo
mi muerte es dable le dé.
ANTONIO. ¿Qué escucho? ¡Tú mas dolores!
¡tú mas penas padecer!
Y ¿ocultármelas podias?
Eso, hermana, no está bien.
Cuéntamelas: consolarte
acaso de ellas sabré;
y cuando no, á par del tuyo
verás mi llanto correr.
CECILIA. No, no es posible: aqui ocultas
por siempre es fuerza que esten,

y conmigo deberán
al sepulcro descender.

ANTONIO. ¡Ah! por Dios, en un hermano
que te ama confianza ten.
¿Qué penas pueden ser esas?
¿Mayores las puede haber
que esta mengua inmerecida
con que hoy manchada te ves,
y que ante el mundo...?

CECILIA. Y ¿á mí
que me importa el mundo, qué?
¿Qué tiene con ese mundo
la pobre ciega que hacer?
Me despreciarán, con mofa
me señalarán tal vez,
se reirán de mí... En buen hora;
rian, muestren su desden:
por fortuna ni su risa,
ni su mofa puedo ver.
Mas un hombre hay en la tierra,
un hombre solo, ante quien
virtuosa, pura, sin mancha,
anhelaba parecer.
Su aprecio era mi existencia,
su opinion mi único bien;
y hora á sus ojos infame,
odiosa, me hace el deber;
y aunque el mundo todo entero
publicase mi honradez,
aunque viniese á adorar
mil virtudes á mis pies,
siempre impura ser es fuerza,
siempre impura para él.
Yo nada mas le pedia
que esto que á perder llegué;
y esto á mi dicha bastaba;
que en éxtasis de placer,
tal vez, mudamente unidas
nuestras dos almas pensé;
cual dos espíritus puros
que ante el Soberano Ser
sus angélicos amores

gozan allá en el Eden.
ANTONIO. ¡Cielos! ¿Qué dices, hermana?
¡Es posible...! ¡Tú...! ¿Creeré...?
CECILIA. ¡Ah! Si lo has adivinado,
este secreto cruel,
cállale... y allá en tu pecho,
hermano, guárdale bien.
ANTONIO. ¡Infeliz!
CECILIA. Infeliz, sí.
Mas en tanto que tú estés
á mi lado, yo lo espero,
algun consuelo hallaré.
Tú no me abandonarás;
¿no es verdad?
ANTONIO. ¿Puedes creer...?
No, jamas... Siempre contigo
hasta la muerte estaré.
Mas ¡don Enrique!
CECILIA. ¡Dios quiera
que le logre convencer!

ESCENA XVI.

DICHOS. DON ENRIQUE. RAMON.

ENRIQUE. ¿Tú, niña, llamarme á mí?
¿Puedo yo servirte en algo?
CECILIA. Sí, señor.
ENRIQUE. En lo que valgo...
RAMON. ¿Nos vamos?
CECILIA. (*Con dignidad.*) Quedaos aqui.
Lo que al señor decir quiero
que presencieis me interesa.
ENRIQUE. ¡Uy! Parece una princesa.
¡Qué aire tan grave y tan fiero!
CECILIA. Don Enrique, recordad
lo que há un instante ha pasado
en este sitio.
ENRIQUE. Pillado
fuí en la trampa, es verdad.
Pero tú la culpa tienes:
¿quién te mandaba...?
CECILIA. ¡Qué horror!

¡Engañar á un bienhechor!
ENRIQUE. ¿Con sermoncitos me vienes?
CECILIA. Con harta razon lo puedo.
¿Ignorais que deshonrada
una muger desdichada
queda por vos?
ENRIQUE. Fué un enredo
que...
CECILIA. ¿Ignorais que esa muger
en breve ha de ser esposa
de vuestro tutor?
ENRIQUE. Es cosa
que á mí...
CECILIA. ¿Ignorais que á saber
don Juan esa villanía,
perdida asi la esperanza
en que su dicha se afianza,
el infeliz moriría?
ENRIQUE. ¡Tanto ya...! Si asi lo toma...
CECILIA. Y ¿en nada teneis, señor,
su bien, su vida, su honor?
ENRIQUE. Si no pasa de una broma.
CECILIA. ¡Broma horrible!
ENRIQUE. Algo pesada,
lo confieso; pero al cabo...
RAMON. ¡Pues la gran frescura alabo!
ENRIQUE. ¿Ha de hacer una sonada
por eso? Fuera locura.
Hicimos mal, ¿qué remedio?
Pues lo sabe, no hay mas medio
que llevarlo con dulzura.
CECILIA. No lo sabe.
ENRIQUE. ¿No?
CECILIA. Aqui solo
á mí me encontró.
ENRIQUE. Sí, es cierto.
CECILIA. Pues nada le he descubierto;
y hago mas; mi fama inmolo.
ENRIQUE. No entiendo...
CECILIA. Para salvarle
la suya, y tal vez la vida,
que era yo la seducida

hube, al fin, de confesarle.

ENRIQUE. ¿Tú le has dicho...?

CECILIA. Que aqui vos
vinísteis solo por mí.

ENRIQUE. ¿De veras, lo has dicho?

CECILIA. Sí.

ENRIQUE. ¡Buena ocurrencia, por Dios!
¡Ah! ¡ah!

RAMON. Y ¡se rie!

ENRIQUE. ¡Divina!

ANTONIO. Estoy por...

CECILIA. ¿Os hace gracia?

ENRIQUE. Es golpe de diplomacia
que él solo vale una mina.

CECILIA. Un sacrificio es que ofrezco
en las aras del deber:
si no podéisle entender,
don Enrique, os compadezco.

ENRIQUE. ¡Oh! le comprendo, sí tal.

CECILIA. ¿Vuestra razon no percibe
que igual deber os prescribe
otro sacrificio?

ENRIQUE. ¿Cuál?

CECILIA. El salir vos de esta casa.

RAMON. Bien dicho.

ENRIQUE. ¡Vaya una idea!
Si tú quieres irte, sea;
mas yo...

ANTONIO. ¡La ira me abrasa!

CECILIA. Yo saldré, no lo dudeis,
sé que estar aqui no puedo;
mas si á mi desgracia cedo,
tambien conmigo saldreis.

ENRIQUE. ¡Bah!

CECILIA. Pues me manda la suerte
esta casa abandonar,
la sierpe no he de dejar
que aqui su ponzoña vierte.

ENRIQUE. ¡Bueno fuera porque tú
lo quieres...!

CECILIA. Vuestra conciencia...

ENRIQUE. Es solo mi conveniencia.

RAMON. ¡Este hombre es un Belcebú!
CECILIA. ¡Ah! por Dios, os lo suplico,
sed generoso, señor:
no vea yo con dolor
que en vano me sacrifico.
Duelo eterno, triste llanto,
me impone esta accion penosa;
mas puedo aün ser dichosa
si salvo á quien debo tanto.
Vos con mucha mas razon
debéisle amor, gratitud,
y no es tan grande virtud
el vencer una pasion.
En ser, cual nos cumple, buenos,
no nos quedemos atrás;
y pues hice yo lo mas,
haced siquiera lo ménos.
ENRIQUE. Yo te doy el parabien
si tan linda accion has hecho:
hágate muy buen provecho;
mas yo aqui me encuentro bien.
ANTONIO. ¿Con que no os quereis marchar?
ENRIQUE. No.
ANTONIO. Pues saldreis, vive el cielo.
ENRIQUE. ¡Háse visto el rapazuelo!
¿Tambien quiere gallear?
ANTONIO. ¿Pensais, villano, traidor,
que he de sufrir esta mengua?
Pues yo os cortaré la lengua.
CECILIA. ¡Ah! ¿qué dices?
ENRIQUE. ¡Qué furor!
¿Si querrá que con él riña?
ANTONIO. Seguidme.
CECILIA. ¡Dios mio!
ENRIQUE. Calle
el niño, y vuelva á la calle
á enseñar la marmotiña.
ANTONIO. Si no sois un vil cobarde...
ENRIQUE. ¡Eh! Ya me canso. ¿Háse visto?
No me hagan mas, vive Cristo,
de esa grande hazaña alarde.
De ella á mí se me da un bledo.

¿Que lo sabria don Juan?
¡Que lo sepa! ¿Pensarán
que por ello me entra miedo?

RAMON. ¿No...? Pues con tanta bravata
veremos ahora... Él viene.

CECILIA. ¡Ah! ved que callar conviene.

ENRIQUE. (Esto va de mala data.)

ESCENA XVII.

DICHOS. DON JUAN.

JUAN. ¿Qué es esto...? ¿Aun estaïs aqui?
Y ¡ese tambien...! ¿Qué misterio...?

RAMON. No, no hay ningun gatuperio:
me podeis creer á mí.

JUAN. Bien... Mas basta de sufrir;
y despues de tan vil hecho,
que esten bajo un mismo techo
yo no debo consentir.

CECILIA. Sí, señor, teneis razon:
que debo marcharme es claro;
y ahora mismo me preparo
á dejar esta mansion.

JUAN. ¡Tú, hija mia, tú marchar
de mi casa, de mi lado!
¡Ah! tal rigor no me es dado:
no te puedo abandonar.

CECILIA. ¿Cómo, señor...?

JUAN. No zahiero
tu falta: tuya no fué:
mia sí, que coloqué
el lobo junto al cordero.
Pues tal error cometí,
disculpo tu inesperiencia;
pero guardar tu inocencia
es obligacion en mí;
y ya cual crimen mirara
entregar tan tierna flor.
al huracan bramador
que en breve la deshojara.

CECILIA. ¡Es posible! — Ven, hermano,

llévame luego á abrazar
sus rodillas, á regar
con mis lágrimas su mano.

(*Los dos hermanos se arrojan á los pies de don Juan.*)

Creed que indigna no soy
de esa celestial dulzura:
veréisme un dia mas pura
que criminal me veis hoy.

JUAN. Sí, sí, de mi proteccion,
ven, acógete al escudo:
solo en quien burlarte pudo
caiga ya mi indignacion.
(*A don Enrique.*)
Tú, perverso, que la tasa
colmaste de las maldades,
cesaron ya mis bondades:
vé, sal luego de mi casa.

ENRIQUE. ¡Yo, señor!

JUAN. Sí, tú: mi encono
probarás, vil seductor.
Líbrame ya del horror
de verte: yo te abandono.

RAMON. ¿Tanto ya?

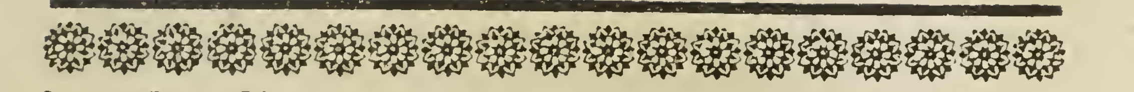
CECILIA. Templad os ruego...

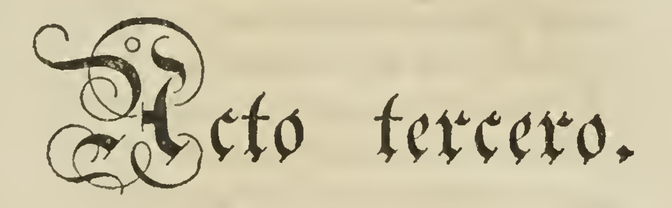
JUAN. En vano me suplicais.

ENRIQUE. ¿De esta suerte me arrojais?

JUAN. Sí, monstruo, sí... Vete luego.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.





Acto tercero.

ESCENA PRIMERA.

CECILIA. CLOTILDE.

CLOTILDE. No, Cecilia, en vano quieres
que yo por mas tiempo calle:
este secreto fatal
me atormenta, y cada instante
que mas le guardo en el pecho
mas pugna por escaparse.
Considera que á las dos
desventuradas nos hace;
á tí porque un sacrificio
te prescribe intolerable,
y á mí porque siente el alma
remordimientos punzantes.

CECILIA. Calmaos, por Dios, Clotilde,
y haced de firmeza alarde.
No os dé cuidado mi suerte,
que no es el daño tan grande.
Aun mas afable don Juan
desde aquelterrible lance,
mis penas templa y endulza
con repetidas bondades.
¿Qué alcanzáramos, decid,
las dos con desengañarle?
Hacer que su paz, su dicha,
cual humo se disipasen,
y esa dicha debe ser
el fin de nuestros afanes.

CLOTILDE. Mas para mí su presencia
es un tormento incesante.
Paréceme que sus ojos
me acusan al contemplarme,
como si escrito leyesen
mi delito en el semblante.
¡Ay! á veces, con ser ciega,
es tu destino envidiable,
pues ¡cuán fiero es el mirar
del ofendido no sabes!
Desde el punto en que á aquel hombre
permití que aqui me hablase,
sentí no sé qué inquietud
de mi pecho apoderarse:
aqui don Juan me encontró
pálida, abatida, exánime,
y preguntóme afanoso
la causa de mis pesares.
No supe qué contestar...
Y porque al fin me dejase,
"mañana," dije... y tal vez
yo me resolviera á hablarle.
Viene Enrique, nos sorprenden,
y sin que en nada repare,
huyo... Sé luego que tú
generosa me salvaste,
recogiendo la vergüenza
de mi proceder infame.
Pasmada, quedo sin voz,
no sé qué partido abrace,
y cuando volvió don Juan
mis penas á preguntarme,
para confesar mi falta
no tuve valor bastante,
y respondí... no me acuerdo
qué disculpas logré darle.
Mas de entonces no hay zozobras
que mi existencia no amarguen;
y ni placer, ni sosiego,
el encontrar ya me es dable.
No, Cecilia, no te obstines
en que el hablar yo retarde;

sepan todos tu inocencia,
y yo mi imprudencia pague.

CECILIA. ¿Esa locura intentais,
y está cerca vuestro enlace?

CLOTILDE. ¡Mi enlace! Ya no es posible.
¿Cómo quieres que me case
cuando toda el alma siento
en otro amor abrasarse?

CECILIA. Cómo, señorita, ¿aun dura...?

CLOTILDE. Cecilia, ya no te canses.
Todo cuanto me dijeres
contra este amor, es en balde.
Él forma ya mi existencia,
no hay ventura que mas ansie,
y bienes, vida y honor,
todo en él miro cifrarse.
No pienses, no, que este fuego
no viendo á Enrique se acabe,
que mas la ausencia le enciende,
y hace que en él mas me abrase.
De la dicha que con él
lograra, miro la imagen,
y al verla tan seductora,
por un horrible contraste,
la imagen de este himeneo
me desespera y me abate,
y el afecto hácia don Juan
temo que en odio se cambie.
Funesto empeño sería
que mi mano le entregase;
pues á desdichas sin cuento
quizá esta union nos arrastre.

CECILIA. ¡Ah! Ya conozco que es fuerza
de esos peligros salvarle;
á sus ojos la verdad,
aunque triste, al fin se aclare.
Mas él os ama, señora,
y su pasion es tan grande,
que un súbito desengaño
causara desdichas graves.
Es preciso preparar...
Dejadme á mí, sí, dejadme;

que yo sabré... Mas su voz
escucho... No esteis delante ;
que puede esa turbacion
darle recelos.

CLOTILDE. ¡Ah! tú abres
á la esperanza mi pecho:
el cielo quiera ayudarte. (*Vase.*)

ESCENA II.

CECILIA. DON JUAN. RAMON. ANTONIO.

JUAN. Sí, amigos mios, triunfó
la justicia.

RAMON. ¡Qué contento!
¿Dónde, dónde está Cecilia?
Yo quiero ser el primero
que la diga... Vedla aqui.
Albricias, hija.

CECILIA. ¿Qué es eso?

RAMON. Ya te han devuelto tus bienes,
ya eres rica.

CECILIA. ¿Con que el pleito...?

JUAN. Se ha ganado: esta noticia
recibo por el correo.

RAMON. ¡No es nada! ¿Cuánto habeis dicho
que es la herencia? ¿Cien mil pesos?

JUAN. Eso en Murcia, sin la hacienda
de Andalucía.

RAMON. ¡Soberbio!
Cortijos, viñas, jolivas...
¿Qué sé yo...? Pero ¿qué veo?
Estais los dos cabizbajos.
¿No os alegrais?

ANTONIO. Sí, me alegro.

RAMON. "¡Me alegro!" — ¡Vaya un modito
de decirlo...! Mas comprendo:
bien veo que no es el todo
en este mundo el dinero;
y aquel asunto de marras...

JUAN. Ramon, ¿á qué ese recuerdo?
Olvida...

RAMON. Es que yo bien sé...
JUAN. ¡Qué pesado!
RAMON. (Yo reviento
por contar...)
CECILIA. Puede que pronto
Dios ponga en eso remedio.
RAMON. ¿De veras?
ANTONIO. ¿Qué es lo que dices?
CECILIA. ¿Quién sabe? Yo siempre espero;
y si don Juan quiere oirme...
JUAN. Ya es hora de tu paseo;
y no siendo cosa urgente...
CECILIA. Eso no le hace.
JUAN. Es que tengo
yo tambien cierto negocio...
CECILIA. Entonces aguardaremos.
Asi como asi me cuesta
cierto empacho...
JUAN. Bueno, bueno.
Luego... mañana...
RAMON. Pues vamos.
CECILIA. Quedad con Dios.
JUAN. Hasta luego.

ESCENA III.

DON JUAN, solo.

Esa tristeza profunda
que siempre en Clotilde advierto,
y crece á par que se acerca
nuestro tratado himeneo;
su palidez y sus ojos
cuyos encendidos cercos
el llanto diciendo estan
que han derramado en secreto;
todo me anuncia que abriga
algun arcano su pecho.
Medrado estás, corazon,
si cuando llegas al puerto,
en vez de soñadas dichas,
solo desengaño encuentro.

Pero ¿ no aceptó gustosa?
¿Quién la obliga al fingimiento?
¡ Ah! que el alma en las mugeres,
y en corazones tan tiernos,
es hoja leve que facil
se mueve á contrarios vientos.
¡Necio de aquel que se fia
en sus promesas, y necio
el que castillos construye
en tan deleznable suelo.

ESCENA IV.

DON JUAN. PEDRO.

PEDRO. Señor.
JUAN. ¿ Qué hay ?
PEDRO. Esta esquela.
JUAN. (*Abre la carta que le da Pedro y la lee.*)
A ver. — ¡Gran Dios! — El sombrero.
PEDRO. ¿Salís, señor ?
JUAN. Un amigo
se halla en la indigencia, enfermo:
quiere verme, necesita
socorros... Marcho corriendo...
PEDRO. ¿ Os acompaño ?
JUAN. Es inútil.
No hago mas que ir y vuelvo. (*Vase.*)
PEDRO. (*Solo.*) Muy bien nos salió la traza:
el campo queda por nuestro.
A ver si sale...
(*Se asoma al balcon.*)
Alli va...
Ya vuelve la esquina, bueno.
Haré la señal al otro.
(*Saca un pañuelo, lo agita y hace que habla hácia afuera.*)
¿Eh...? Sí... Ya viene... Abriremos.
(*Vase, y vuelve al punto acompañado de don Enrique.*)

ESCENA V.

DON ENRIQUE. PEDRO.

PEDRO. Entrad.
ENRIQUE. ¿No hay nadie?
PEDRO. Sí, Juana;
pero es nuestra: entrad sin miedo.
ENRIQUE. ¿Clotilde?
PEDRO. En su cuarto.
ENRIQUE. Dila
que quiero hablarla.
PEDRO. Recelo
que no venga... Fingiré
que el amo la llama.
ENRIQUE. Apruebo.
PEDRO. Pero no os detengais mucho;
que si vuelve...
ENRIQUE. Va muy lejos:
allá á los guardias de corps;
y pronto irá anocheciendo.
Mientras encuentra la calle,
y busca el número ciento,
que no existe, pasarán
sus dos horas.
PEDRO. ¡Bravo enredo!
ENRIQUE. Con todo, por si viniesen
los otros, ponte de acecho.
PEDRO. Y por la puerta de atrás
os marchais. Aqui os entrego
la llave. (*Le da una llave.*)
ENRIQUE. Perfectamente.
Vé... Date prisa... Aqui espero.
(*Vase Pedro por la izquierda.*)

ESCENA VI.

DON ENRIQUE, solo.

Esto va bien: mia es
la fortaleza enemiga,
y no me importa una higa
de lo que venga despues.

Por si encuentro algun tropiezo,
esto traigo á prevencion.

(*Saca un par de pistolas, y las coloca encima de la mesa.*)

Son seguras... de piston...
Por ponerlas aqui empiezo.
¡Famosa va á ser la hazaña!
¡Y hoy para ello me siento!
No hay para darnos aliento
como el vino de Champaña.
¡Cuál han caido botellas!
¡Qué broma tan soberana!
Vamos, para una jarana
se pinta solo Torrellas.
Él y Bruno y Parra y yo,
¡vaya un buen par de parejas!
Pues y ¿las pobres ovejas
que mi industria trasquiló?
Fortuna, por esta vez
no te me has mostrado aviesa,
hemos hecho buena presa,
y ha caido mas de un pez.
Por fin, me encuentro con fondos,
mil oncitas nada menos...
Otro par de golpes buenos,
y nos quedamos redondos.
Lo que es este que á dar voy
será golpe soberano:
porque yo la apuesta gano,
de Clotilde dueño soy.
¡Buen Torrellas! ¡Apostar
á que de aqui no la saco!
Otras tengo ya en el saco,
y mas duras de pelar.
Por mi triunfo, sin jactancia,
ya la risa en mí retoza:
¡robar á una buena moza,
y cien onzas de ganancia!
Y ¡luego poder vengarme
de este don Juan por contera!
¡Tratarme de tal manera,
y de su casa arrojarme!

Se echará al cuello un dogal
cuando este chasco le demos...
Clotilde viene... Tomemos
un aire sentimental.

ESCENA VII.

DON ENRIQUE. PEDRO. CLOTILDE.

PEDRO. Ya viene.
ENRIQ. Bien está... Vete y observa.
(*Vase Pedro. Sale Clotilde por la izquierda.*)
CLOTIL. Señor, ¿qué me quereis...? ¡Cielos...! ¿Qué miro?
¡Enrique!
ENRIQ. Sí, yo soy, prenda adorada.
CLOTIL. ¡Vos!
ENRIQ. Tu Enrique, tu bien; que ya el suplicio
de esta crüel y prolongada ausencia
tolerar por mas tiempo no ha podido;
que ciego en su pasion, vuelve á tus plantas
siempre con mas amor, siempre mas fino.
CLOTIL. ¿No adviertes...?
ENRIQ. Deja el miedo: tu tirano
lejos está de aqui: ningun peligro
tienes que recelar; nada se opone
á la tierna efusion de tu cariño.
¿No te alegras de verme?
CLOTIL. ¿Eso preguntas?
Mira este rostro pálido, marchito,
estampadas en él verás las huellas
del triste llanto por tu amor vertido.
ENRIQ. ¡Amable palidez, llanto precioso!
¡cuál ese rostro angélico, divino,
saben hermosear! Y de esa vista
¿un bárbaro privarme no ha temido?
Lejos de esa belleza encantadora,
sin la luz de esos ojos, yo no vivo;
y solo al dulce fuego que derraman
me es dado ya existir. (¡Qué bien lo finjo!)
CLOTIL. ¿Es cierto? ¿No mentís?
ENRIQ. Triste, lloroso,
pensar en tí mi ocupacion ha sido:

do quier tu imagen sin cesar buscaba;
á tí se dirigian mis suspiros,
y rondando tu calle, en tus balcones
mis ojos se fijaban de contino,
ansiosos de que en ellos se mostrase
el astro hermoso que constante sigo.
¿No me has visto, mi bien? ¿No palpitaba
tu pecho entonces, di?

CLOTIL. No, no te he visto.
Y sin embargo, de ellos noche y dia
no me aparto jamas; y siempre fijo
mi afanoso mirar en cuantos pasan,
les digo á todos: "¿eres tú, bien mio?"
Y todos pasan, y con ellos huye
la ilusion que falaz me ha sonreido.

ENRIQ. Pues no has mirado bien. Algunas noches
que hayas visto á lo lejos es preciso
en ancha capa envuelto un negro bulto
cual vagarosa nube dando giros
entorno de...

CLOTIL. Es verdad... sí... me parece...
¿Eres acaso tú?

ENRIQ. Yo era, el mismo.
Y ¿no me conocias? De tu pecho
¿no te decian nada los latidos?
Anda, tú no me quieres.

CLOTIL. ¡Ah! Perdona.

ENRIQ. ¡Y yo clavado alli...! Con mil martirios
atormentada el alma... Y entre tanto,
al lado tú de mi rival indigno,
acaso los halagos prodigabas
solo por este triste merecidos;
y las joyas y galas preparando
que en el sagrado altar un nuevo brillo
prestarán á tus gracias, los momentos
contabas que te quedan... (¡Va divino!)

CLOTIL. ¿Eso puedes creer?

ENRIQ. Y ¿no pensaste
que ese enlace es mi muerte? ¿No has previsto
que pueden esas galas y ese gozo
trocarse en llanto, en luto?

CLOTIL. Ó Dios! ¿Qué has dicho?

ENRIQ. Sí, sí, se trocarán: el mismo dia
que entregues esa mano á mi enemigo,
la mia y un puñal ó una pistola
pondrán fin á tan mísero destino.

CLOTIL. ¡Qué horror!

ENRIQ. Pues ya lo sabes... Date prisa,
corre al ara.

CLOTIL. Jamas.

ENRIQ. El sacrificio
verás de este infeliz.

CLOTIL. ¡Ah! tú destrozas,
crüel, mi corazon. Y ¿has presumido
que yo he de consentir...? Pues qué, ¿no sabes
que ese himeneo con horror le miro?
(*Va oscureciendo.*)

ENRIQ. Y ¿quién á él te obliga?

CLOTIL. Mi palabra.

ENRIQ. Que con viles engaños el inicuo
te ha logrado arrancar: tal juramento
es nulo, y tú jamas debes cumplirlo.

CLOTIL. ¡Si asi pudiera ser!

ENRIQ. ¿Tú lo deseas?

CLOTIL. Mas que el vivir.

ENRIQ. Y ¿me amas?

CLOTIL. ¿Necesito
darte mas pruebas?

ENRIQ. Una.

CLOTIL. ¿Cuál?

ENRIQ. A un tiempo
puedes huir de odioso despotismo,
y labrando por siempre tu ventura,
dichoso yo tambien seré contigo.

CLOTIL. Habla.

ENRIQ. Sígueme, ven.

CLOTIL. ¿Qué me propones?
¡La fuga! ¡Santo Dios!

ENRIQ. Secreto asilo
ocultarnos podrá: ya de la noche
el negro manto á nuestro amor propicio...

CLOTIL. No prosigas, jamas.

ENRIQ. ¿No te resuelves?
¿Vacilas?

CLOTIL. Eso, Enrique, es un delito.

ENRIQ. Quédate, pues, entonces. Da la mano
á ese bello galan de tí tan digno,
y enlácese esa flor pura y galana
con aquel tronco viejo y carcomido.

CLOTIL. ¡Suerte funesta!

ENRIQ. No: serás dichosa,
ya tu felicidad, Clotilde, envidio.
Otro tal vez dijera: ¡Pobre niña!
¡Qué pronto el *bello mundo* la ha perdido!
Destinada á brillar en los saraos;
á lucir en el vals su pié tan lindo;
á embelesar la corte, despreciando
de bellas mil los envidiosos tiros...
Héla ya esclavizada... A Dios, amores,
á Dios, galas, paseos, trages ricos...
Cuando cercarla adoracion debiera,
cuidando está de un hombre adusto, antiguo;
con él á paso lento por las tardes
su vueltecita da por el Retiro;
en su casa, de noche, se entretiene
con la amable costura ó con un libro;
y mientras oyen otras dulces arias,
ella escucha tal vez su sermoncito...

CLOTIL. Calla, calla, por Dios.

ENRIQ. Eso dirian.
Mas yo te doy el parabien, y admiro
un cuadro de familia que debiera
el Curioso Parlante haber descrito.

CLOTIL. ¡Cuadro horrible!

ENRIQ. Pues digo, si se añaden
para colmar tu dicha unos celitos...;
y los habrá, no dudes; que eres bella,
y él triste, caviloso... en fin, marido.
Sobre todo, si sabe que me quieres,
y averigua el pasado lancecito.

CLOTIL. ¡Me haces estremecer!

ENRIQ. Tendrás entonces
al lado tuyo acusador contínuo.
En tí cada mirada será un crimen;
y una reconvencion en cada dicho
de su boca hallarás; y no un esposo,

un verdugo ha de ser.

CLOTIL. ¡Cielos divinos!

ENRIQ. ¡Oh! ¡cuán otra, mi bien, será tu suerte
si unirme en fiel lazada á tí consigo!
Entre galas, festejos y altos goces,
el mundo admirará tus atractivos,
y verás en su colmo satisfechos,
cuando nazcan apenas, tus caprichos.

CLOTIL. ¡Cielos! Al escucharte, mi cabeza
se pierde, se perturban mis sentidos...
Vete, y déjame ya... No... yo no puedo...

ENRIQ. (Ahora el último golpe.) Ya está visto
que es vano mi rogar... A Dios, ingrata...
A Dios... Voy á morir... Tú lo has querido:
hoy mismo pondré fin á mis desdichas.
Por la postrera vez á Dios te digo.

CLOTIL. ¡Ah! Detente... Triunfaste... Aqui me tienes...
Tuya soy ya.

ENRIQ. ¿Qué dices?

CLOTIL. Que has vencido.
Al impulso amoroso que me arrastra,
á tu mágica voz ya no resisto.
Mi boda es imposible: para amarte,
y amada ser de tí, tan solo vivo.
Aunque sepa perderme, lo prefiero
á los bienes del otro que abomino.
Estoy resuelta ya: no te detengas.
Marcha, guia mis pasos: ya te sigo.

ENRIQ. ¡Ó triunfo del amor...! Ven á mis brazos,
dueño mio... Marchemos.

(*Sale Pedro con dos luces.*)

PEDRO. ¡Eh! prontito.
Idos luego... Que vienen.

ENRIQ. Sí, sí, vamos.
(*A Pedro.*)
Dame esa luz. — Marchemos.
(*A Clotilde.*)
Ven conmigo.

CLOTIL. ¡Ah! no me atrevo ya.

ENRIQ. Qué, ¿te retractas?

CLOTIL. No... mas...

ENRIQ. Pues yo me quedo.

CLOTIL. ¡Tú, Dios mio!
ENRIQ. Vean que estoy aqui, sépanlo todo;
y haya escándalo y bulla.
CLOTIL. No vacilo.
Vamos.
PEDRO. ¡Cómo! ¿Os marchais con él?
ENRIQ. Sí.
PEDRO. Nones.
Eso no lo consiento, vive Cristo.
No es lo pactado.
ENRIQ. Vete con mil diablos.
Ya se oyen.
CLOTIL. ¡Santo Dios!
ENRIQ. Por el pasillo.
(*Vanse Enrique y Clotilde por la izquierda.*)

ESCENA VIII.

PEDRO. Luego DON JUAN. CECILIA. RAMON. ANTONIO.

PEDRO. ¡Bueno va...! ¡Señor! — ¡Se fueron!
(*Colocando la otra luz en la mesa.*)
Y ¡se deja las pistolas!
Se las llevaré... Ya llegan.
No se va á armar mala broma.
(*Sale don Juan de mal humor; los demas le siguen.*)
RAMON. Vaya, señor, sosegaos.
¿Quién por eso se incomoda?
JUAN. ¿Te parece poca burla?
¡Hacerme correr dos horas
inútilmente...! y no es nada...
¡desde la calle de Atocha
hasta la del Conde-Duque!
Alli llego hecho una sopa
de sudor... Busco la casa,
el número... Corro toda
la calle... Nada... ni el número
existe, ni la persona.
Estoy molido. (*Se sienta.*)
RAMON. Debeis
tomarlo á burla y chacota.
Algun zumbon...

JUAN. (*A Pedro.*) Ven acá,
tú, Pedro.

PEDRO. Señor... (¡Ahora
es ella!)

JUAN. ¿Quién te entregó
aquella carta?

PEDRO. De forma
que yo...

JUAN. Responde, ó te rompo
la cabeza.

PEDRO. (¡Carambola!)

JUAN. ¿Hablarás?

PEDRO. Yo lo diré.
(Allá va toda la historia.)
Don Enrique...

JUAN. ¡Enrique! ¿Osaste...?

PEDRO. Yo no sabia qué cosa
era, que sino...

JUAN. ¡Perverso!
Alguna infernal tramoya.

PEDRO. Mucho que sí.

JUAN. ¿Sabes algo?

PEDRO. Algo... y si usted no se enoja...

JUAN. ¿Acabarás...? Vamos, di.

PEDRO. Quiso hablar á la señora
luego que os marchasteis.

CECILIA. (¡Que oigo!)

JUAN. ¿A Clotilde?

CECILIA. (¡Qué zozobra!)

PEDRO. Sí, señor.

JUAN. ¿Qué objeto...? Sigue.

PEDRO. Rogó... me ofreció una onza...
No me atreví á resistir...

JUAN. Y ¿la habló?

PEDRO. Sí

RAMON. (¡Dios nos coja
confesados!)

JUAN. Pues ¿acaso
ella ha consentido...?

PEDRO. ¡Toma
si consintió...! Y aun hay mas.

JUAN. ¿Mas?

RAMON. (¡Ay! ¡ay! ¡ay!)

JUAN. ¡Me sofoca
la rabia! Di.

PEDRO. Yo no sé
cómo decir...

JUAN. Pronto.

PEDRO. A solas
aqui estuvieron hablando;
y despues...

JUAN. ¿Despues...?

RAMON. (¡Bribona!)

PEDRO. Se fueron... En dos palabras:
que don Enrique os la roba.

JUAN. ¿Eh?

CECILIA. (¡Infeliz!)

PEDRO. Quise estorbarlo;
mas ellos...

JUAN. Miente tu boca,
miente, infame.

RAMON. ¿A ver, á ver?
(*Vase por la izquierda.*)

PEDRO. ¿Yo...? no, señor.

CECILIA. ¡Ah! le sobra
tal vez la razon.

JUAN. ¿Tambien
tú, Cecilia, acusar osas...?

CECILIA. Ya es tiempo que lo sepais.
Esta pena, esta congoja
en vano evitaros quise,
Dios sin duda me lo estorba.

JUAN. Esplícate.

CECILIA. Don Enrique
ama á Clotilde, y le adora
ella igualmente.

JUAN. ¿Qué dices?
Y ¡un rayo no se desploma
sobre mí! — ¿Tú lo sabias,
y lo ocultabas, traidora?

CECILIA. Eran para mí sagradas
vuestra dicha, vuestra honra,
y obligacion fué salvarlas,
de mi propio honor á costa.

JUAN. ¿Qué escucho? Tú...

CECILIA. Presumí...
conozco mi engaño ahora...
que una vez ya separados,
fuera...

(*Vuelve á salir Ramon por el foro.*)

RAMON. Ni rastro, ni sombra,
existe en toda la casa
de la tal niña... Robóla;
no hay duda... Con el milano
se fué la tierna paloma.

JUAN. ¿No se encuentra?

RAMON. ¡Qué encontrar!
Ni en su cuarto, ni en la alcoba,
ni en la cocina... Volaron.
Los dos tomaron la posta
por la puerta falsa.

JUAN. ¡Cielos!
Ya las fuerzas me abandonan.

(*Se deja caer en un sillon y permanece abatido.*)

RAMON. Pues yo no lo dejo asi.
Voy en busca de una ronda:
aviso á la policía,
á los alcaldes... que corran
tras ellos, que los agarren,
los prendan... Aunque se escondan
siete estados bajo tierra,
ó pierdo esta vez la cholla,
ó traigo á los dos aqui
amarrados de una soga.
Sígueme, Antonio. — ¡Escaparse!
No nos faltaba otra cosa.

(*Vanse Ramon y Antonio.*)

ESCENA IX.

DON JUAN. CECILIA. PEDRO.

JUAN. ¡Ó ingratitud! ¡Ó maldad!
Y ¡que este premio recoja!

CECILIA. (¡Pobre señor!) Permitid...

JUAN. Déjame.

CECILIA. Si os incomoda...

JUAN. Vete, vete, quiero estar
con mis pesares á solas.

CECILIA. Pero...

JUAN. Vete... ¿No lo dije?

PEDRO. Venid conmigo, señora:
no está para...

CECILIA. (*Bajo.*) Sí, sí, mas
no alejarnos mucho importa.
Cerca de aqui nos quedemos
para observar.

(*Cecilia y Pedro se retiran por la puerta del foro. Al cabo de un rato vuelve Cecilia á presentarse en la misma puerta.*)

JUAN. (*Solo.*) ¡Esto logran
mis beneficios, mi amor!
¡Justo Dios! Y ¡que se esconda
tanta perfidia y maldad
bajo tan perfectas formas!
¡Ingrata! ¡Víbora aleve
que en mí viertes tu ponzoña
cuando mi seno te abriga
con ansia mas cariñosa!
A engañarme tan vilmente
¿quién te obligaba, traidora?
¿Era yo acaso un tirano
que te oprimia? Esta boda
no te la impuse jamas,
tú la admitiste gustosa.
Si no me amabas, ¿por qué
diste esperanza ilusoria
á quien solo te pedia
pura verdad sin lisonja?
Entonces ¡ay! esta llama
ahogára yo á poca costa;
mas tú la has hecho crecer
con promesas seductoras,
y ha llegado á ser volcan
que me abrasa y me sofoca.
A Dios, pues, felicidades,
ilusiones engañosas,
que halagándome un momento,

habeis huido cual sombra.
Ya ¿qué me queda? Morir,
morir solo. ¿Qué me importa
la vida, si es un tormento
cada dia, cada hora;
si entre pesares contínuos
ha de ser triste, afanosa;
si una mano en este mundo
no encuentro consoladora
que mis lágrimas enjugue,
que me apoye en mis congojas;
si solo mis beneficios
ingratos, traidores forman;
y en fin, si llevo grabada
en mi frente la deshonra,
debiendo ser de las gentes
desde hoy mas escarnio y mofa?
Sí, sí, mas vale morir.
¡Oh! si en mis manos ahora
tuviese...

(*Repara en las pistolas que don Enrique ha dejado sobre la mesa, y las coge.*)

Pero ¿qué veo?
¡Cielo santo, unas pistolas!
¿Quién aqui las ha dejado?
¡Ah! su maldad previsora,
al huir, con tal presente
mis bondades galardona.
Pues el beneficio acepto;
y una bala matadora
dé en este momento mismo
á este infeliz muerte pronta.

(*En este instante Cecilia, que se halla escuchando á la puerta del foro, da un grito penetrante.*)

CECILIA. ¡Ah!

JUAN. ¿Quién es...? ¡Cecilia!

CECILIA. (*Corriendo precipitada y tropezando, y con los brazos abiertos.*)

¿Dónde,
dónde estais...? ¡Oh, qué zozobra!
¿Dónde estais, adónde?

JUAN. Aqui.

:

CECILIA. Venid... Vuestra mano.

JUAN. (*Pasando á la mano izquierda la pistola que tenia en la derecha, y dando esta á Cecilia.*)
Toma.

CECILIA. (*Cogiendo con ansia la mano y tocándola como para ver si hay en ella algo.*)
Nada... nada. — No, no es esta...
quiero la otra, la otra.

JUAN. (*Colocando en la mesa las pistolas con la mano izquierda, y dándosela.*)
¡Qué aprension...! Tómala, pues.

CECILIA. Tampoco... Las dos ahora.

JUAN. Pero...

CECILIA. ¡Las dos!

JUAN. Bien está. (*Se las da.*)

CECILIA. (*Agarrando las dos manos fuertemente y con satisfaccion.*)
(¡Ah! ya las soltó.)

JUAN. ¿Estás loca?

CECILIA. (*Atrayéndole hácia el lado opuesto.*)
Venid hácia aqui, venid...
A este lado.

JUAN. Me destrozas
las manos... Suelta.

CECILIA. No, no.
(*Gritando con fuerza.*)
¡Pedro! ¡Pedro!

JUAN. ¿A qué alborotas?

CECILIA. ¡Pedro! ¡Pedro!
(*Sale Pedro corriendo.*)

PEDRO. ¿Qué mandais?

CECILIA. Busca, busca unas pistolas
que estan ahí.

PEDRO. ¿Dónde?

CECILIA. Busca...

PEDRO. ¡Ah...! En la mesa... Sí, señora.

CECILIA. Las hallaste.

PEDRO. Sí.

CECILIA. Pues vete
con ellas y las arroja.
Pronto.

PEDRO. Voy.

CECILIA. ¿Se fué?

JUAN. Sí, fuése.

CECILIA. (*Soltando las manos con risa de gran satisfaccion.*)

Pues os suelto... Ya no importa.

ESCENA X.

CECILIA. DON JUAN.

JUAN. ¿Qué locura es esta, di?

CECILIA. Y ¿vos me lo preguntais?
¿Qué es lo que hacer intentais
con esas armas?

JUAN. ¿Yo?

CECILIA. Sí.
Decídmelo si lo osais.

JUAN. Por casualidad hallé...

CECILIA. ¿Pensais que no os he oido?

JUAN. ¿Tú me has oido...? Pues ¿qué...?

CECILIA. ¡Oh! no; yo no me engañé.
Mataros habeis querido.

JUAN. ¡Matarme!

CECILIA. Osadlo negar.

JUAN. Y ¿qué estraño que eso intente
quien despechado se siente?

CECILIA. Mirad: acabais de hablar
con la voz de un delincuente.

JUAN. ¡Cielos!

CECILIA. ¿Os estremeceis?
Y ¿soy yo quien necesito
daros valor? ¿No sabeis
que ese es horrible delito,
y que al Eterno ofendeis?

JUAN. Perdona: ha sido locura;
pero ¡soy tan desgraciado!

CECILIA. ¡Desgraciado! Por ventura
¿sabeis vos, ni se os figura,
qué cosa es ser desdichado?
Siempre la suerte risueña
hasta ahora se os mostrara:

de bienes mil os colmara:
y ¿os quejais porque os enseña
hoy mas adusta la cara?
Quien contínuo á su fiereza
vió humillada la cerviz,
demuestra mas fortaleza:
solo es propia tal flaqueza
del que fué siempre feliz.

JUAN. ¡Ah!

CECILIA. No estrañeis que una pobre
ciega ignorante asi os hable;
que puesto que en vos zozobre
la virtud, es disculpable
que, cual vos debierais, obre.

JUAN. ¿Tanto sintieras mi muerte?

CECILIA. ¡Mal lo sabeis todavía!

JUAN. Mas si me arranca la suerte
todo placer y alegría...

CECILIA. ¿No puede haber quien acierte
vuestra pena á consolar?
¿Por qué esas almas buscar
que de vos indignas son?
Por ventura un corazon
sensible ¿no habreis de hallar?

JUAN. ¡Ah! si, cual tú, muchos seres
existieran en el mundo,
dichoso fuera, cual quieres;
pero tú en la tierra eres,
Cecilia, un ser sin segundo.
Clotilde, Enrique...

CECILIA. No hableis,
señor, de esos desgraciados.
Porque del deber los veis
tan tristemente apartados,
¿vos el vuestro olvidareis?

JUAN. ¡Deber! No tengo ninguno.

CECILIA. Os engañais: teneis uno,
y muy sagrado.

JUAN. ¿Con quién?

CECILIA. Conmigo.

JUAN. ¡Contigo!

CECILIA. El bien

¿no es acaso lazo alguno
para quien lo hace...? ¡Oh! sí.
Yo ni amigos, ni familia
tengo. ¿Qué será de mí,
si abandonais á Cecilia,
á la pobre ciega, asi?
Clavarme una daga al pecho
es lo mismo que dejarme:
despues de lo que habeis hecho,
no, ya no teneis derecho,
señor, para abandonarme.

JUAN. ¡Pobre Cecilia!

CECILIA. Teneis
otro deber con mi hermano,
y con Ramon, y os debeis
á los mil que socorreis
con tan generosa mano.
Y aun con esos que ofender
os han podido, romper
no debeis toda concordia;
pues los dos han menester
de vuestra misericordia.

JUAN. Tendrás razon; mas me abruma
el peso de la existencia;
y es fuerza acabe la suma
de mis males con violencia,
ó que el tedio me consuma.
Todo para ser dichoso
lo probé con ansiedad:
de la gloria el lauro honroso,
y el bullicio, y el reposo,
y riqueza y libertad.
La gloria es un nombre vano,
la riqueza tedio inspira,
quien busca la paz delira,
justicia no hay en lo humano,
y es la libertad mentira.
Abrir mi pecho al amor
por último consentí;
y ahora que con dolor
cifro mi vida en su ardor,
el amor huye de mí.

CECILIA. ¡Huir de vos, cielo santo
¡Huir el amor de vos!
De que eso digais me espanto.
Aun hay quien os quiere tanto,
que os quiere al igual de Dios.

JUAN. ¿Yo amado? ¡Vana quimera!

CECILIA. ¿Vana...? Y bien... Si se os dijera:
existe en la tierra un ser
que, nacido á padecer,
nunca dichas conociera;
que há dias sufriendo se halla
ese dolor que os aqueja,
y mientras á vos la queja
siquiera os alivia, él calla,
y oculto en su alma le deja:
un ser que rogaba al cielo
quitase toda esperanza
á su mas ferviente anhelo,
con tal que os diera en el suelo
dichas mil y bienandanza...
Si se os dijera, señor,
que, espuesto á vuestros enojos,
en sus estremos de amor
se deshonró á vuestros ojos
por ahorraros un dolor...

JUAN. ¡Qué oigo, ó Dios!

CECILIA. Y si ademas,
ese ser tan desdichado,
cuyo amor no se ha mostrado
ni se ha cansado jamas,
se hallase aqui, á vuestro lado;
y pronto á participar
de vuestra pena y quebranto,
pronto con vos á llorar,
aceptando sin pesar
la mitad de vuestro llanto;
en su ardorosa pasion
su existir os consagrara,
y á vuestros pies demandara
restos de ese corazon
que otra ya despedazara...

JUAN. ¡Tú, Cecilia!

CECILIA. (*Arrojándose á sus pies.*)
Perdonad
si asi con tal libertad
á su delirio se entrega
esta miserable ciega,
y de ella tened piedad.

JUAN. ¡Tú me amas, tú! ¿Con qué es cierto?
¡Aun puedo inspirar amor!
¡Para la dicha no he muerto!
¡Ah! de un sueño de dolor
paréceme que despierto.
Sí, tú, Cecilia, tú eres
la esposa que he menester;
tú sola sabes querer:
¡necio que en otras mugeres
fuí los ojos á poner!
¡Tú de todas tan distinta,
la mejor, la mas virtuosa,
y tambien la mas hermosa,
porque en tu cara se pinta
tu alma pura y candorosa!
Contigo ¡qué dulce paz
el corazon disfrutara!
y en medio de este solaz,
¡cuál mi ánimo se ensalzara,
siendo de todo capaz!
Y yo te ámaré tambien,
tambien yo te haré dichosa,
y en tierna union deliciosa,
serás mi vida, mi bien,
en fin, tú serás mi esposa.

CECILIA. ¡Yo vuestra esposa! ¿Qué oí?
¡Yo tanta felicidad!
No, no puede ser... Piedad,
señor... no os burleis de mí:
ved que fuera una maldad.

JUAN. Sí, lo serás: no lo dudes...
sí, la mano te daré,
con la tuya me honraré;
y vano con tus virtudes,
mil venturas gozaré.

CECILIA. ¿Con qué es cierto...? ¡Yo estoy loca!

¡Vuestra esposa! ¡Qué existir
de placeres mi alma toca!
Llegad... que pueda imprimir
en vuestra mano mi boca.
¡Ay, este es mi esposo...! Ó cielo,
¡que pueda verle...! Este velo
solo un punto me quitad...
¡Tenga una vez tal consuelo,
y torne á mi oscuridad!

ESCENA XI Y ÚLTIMA.

DICHOS. RAMON. ANTONIO.

(*Salen Ramon y Antonio apresurados.*)

RAMON. ¡Victoria...! Ya los hallamos.
Ya los traen...: No, mentira.
Ella es la que viene; que él
no ha de andar en muchos dias.

JUAN. ¿Cómo...? ¿dónde...?

RAMON. Cerca estabamos
del cuartel de la milicia,
vemos un grupo de gentes:
nos llegamos... Este mira;
y á nuestros dos fugitivos
reconoce... Ella se habia
desmayado... Ya se ve,
pesarosa, conmovida...
Los nacionales en torno
con afan la socorrian.
Nos abrimos paso, entramos
en el corro... Él nos divisa,
y al punto como saeta
disparada escapa á prisa.
Digo entonces: "detenedle...
¡á él... al ladron... encima...!"
Le siguen... "Detente, pára,"
los milicianos le gritan.
Él, nada... corre que corre;
mas sin andarse en chiquitas,
uno apunta, tira, y... ¡pun!

le tumba patas arriba.

JUAN y CEC. ¡Le ha muerto!

RAMON. No; mas le dió
un balazo en la rodilla,
y al hospital le han llevado.
Por lo que toca á la niña,
afuera aguarda, ya vuelta
de su desmayo.

JUAN. A mi vista
no se presente: no quiero
ya en mi casa recibirla.

CECILIA. Señor, ¿la abandonareis?

JUAN. El cielo no lo permita.
Que la quise, y ser mi esposa
debió, mi pecho no olvida.
Yo le perdono su error,
y jamas, mientras exista,
ha de faltarle mi amparo;
pero lejos de mí viva.

RAMON. Qué, ¿ya no os casais con ella?

JUAN. Otra esposa hallé mas digna.

RAMON. ¡Otra esposa! ¿Dónde está?
¿Quién es?

JUAN. Cecilia.

RAMON. ¡Cecilia!

ANTONIO. ¡Mi hermana!

JUAN. Sí, amigos mios.
Dios me concede esta dicha.

ANTONIO. ¿Es posible? ¡Qué contento!

RAMON. ¡Estoy loco de alegría!
Esta sí que es buena boda.
Dame mil abrazos, hija.

CECILIA. ¡Buen Ramon!

RAMON. Ya no seré
tu lazarillo.

CECILIA. ¿Deliras?
¿Por qué?

RAMON. (*Señalando á don Juan.*)
Porque otro mejor
vas á tener.

JUAN. (*Tomándole la mano.*)
Por la vida.

CECILIA. ¡Ah! sí... Que él tan solo ya
le basta á la cieguecita.
Si Dios mis ojos cerró
con eterna oscuridad,
de este brazo su bondad
el apoyo al fin me dió.
Mucho mas que me negó
asi concede á mi anhelo;
y ya de hoy mas sin recelo,
á un tiempo feliz y pura,
con esta guia segura
iré camino del cielo.

FIN DEL DRAMA.